

CUADERNOS DE LA ACSHEM
OTOÑO 2020

*Alfonso Valenzuela
Brígida von Mentz
Vicente Arredondo
Martha Hajar
Francisco Rodríguez
Teresa Yurén
Mauricio Sánchez
Angélica Tornero
Alex Castellanos
Blanca Ramírez
Luis Miguel Morayta
Samadhi Aguilar
Elsa Guzmán
Cinthia Ruiz*

AÑO 1 / N° 1

PANDEMIA Y SOCIEDAD



ACSHEM
ACADEMIA DE CIENCIAS
SOCIALES Y HUMANIDADES
DEL ESTADO DE MORELOS



ACSHEM
ACADEMIA DE CIENCIAS
SOCIALES Y HUMANIDADES
DEL ESTADO DE MORELOS

Presidente

Dr. Alfonso Valenzuela Aguilera

Vicepresidente

Dr. Vicente Arredondo Ramírez

Secretaria

Dra. Ana Esther Escalante Ferrer

Tesorero

Dr. Alex Ramón Castellanos Domínguez

Vocal área de Humanidades

Dra. Irving Samadhi Aguilar Rocha

Vocal área de Ciencias Sociales

Dra. Elsa Guzmán Gómez

Edición:

Alfonso Valenzuela

Diseño Gráfico:

Dana Gutiérrez
www.estudiosur.mx

Revisión de estilo:

Elizabeth Hernández

Fotografías:

Pág: 4, 7, 10, 14, 17, 23, 26, 29
Alejandro Vicuña Leyton
www.avicuna.cl

CUADERNOS DE LA ACSHEM

CUADERNOS-ACSHEM, es una publicación semestral que incluye trabajos de distintas disciplinas de las Humanidades y Ciencias Sociales, para lectores interesados en las ciencias del hombre. El objetivo principal de esta serie es contribuir a generar un espacio editorial de excelencia para la difusión e integración nacional e internacional de la producción científica regional en el campo de las ciencias sociales.

Este primer número reúne reflexiones del pensamiento con-

temporáneo en torno al impacto del COVID-19 en las distintas realidades que se despliegan a escala regional y global. La antología presenta ensayos de connotados investigadores y reconocidas investigadoras pertenecientes a la Academia de Ciencias Sociales y Humanidades del Estado de Morelos. Los textos buscan traer a debate público los distintos escenarios emergentes a partir de la primera pandemia global del siglo XXI, abordando desde las distintas disciplinas dichos escenarios presentes y futuros.

PANDEMIA Y SOCIEDAD



- 6 PANDEMIA Y SOCIEDAD
Editorial de la ACSHEM
- 8 CIUDAD Y PANDEMIA
Alfonso Valenzuela
- 11 ¿ES LA PANDEMIA DEL CORONAVIRUS UN PARTEAGUAS HISTÓRICO?
¿CÓMO DENOMINARÁN FUTURAS GENERACIONES NUESTROS TIEMPOS?
Brígida von Mentz
- 13 PREVENCIÓN COMO EJE ORGANIZATIVO DE LA “NUEVA NORMALIDAD”
Vicente Arredondo
- 15 ANTE LA NUEVA NORMALIDAD: REFLEXIONES DESDE LA SALUD URBANA
Martha Hajar
- 19 PANDEMIA, POBREZA Y NUEVA NORMALIDAD
Francisco Rodríguez
- 22 REFLEXIONES EN TIEMPOS DE PANDEMIA. BREVÍSIMAS NOTAS
SOBRE TEMAS QUE MERECE UN AMPLIO TRATAMIENTO
Teresa Yurén
- 25 UNA PANDEMIA A TRES BANDAS: SALUD, CIUDADANÍA Y ECONOMÍA
Mauricio Sánchez
- 29 AMENAZANTES Y PRESCINDIBLES: LOS “OTROS”
EN TIEMPOS DE COVID-19
Angélica Tornero
- 31 CON AGUA Y CON JABÓN: JORNALEROS Y JORNALERAS
MIGRANTES ANTE LA PANDEMIA POR SARS-CoV2 (COVID-19)
Alex Castellanos
- 35 ALGUNAS CONTRADICCIONES TERRITORIALES
DE LA PANDEMIA 2020
Blanca Ramírez
- 37 DEL SISMO A LA PANDEMIA
Luis Miguel Morayta
- 40 REFLEXIÓN SOBRE LOS TIEMPOS DE LA PANDEMIA
Samadhi Aguilar
- 43 ¿QUÉ PASA EN EL CAMPO? REFLEXIONES EN TIEMPO DE COVID-19
Elsa Guzmán
- 46 EXPRESIONES DE LA SEGREGACIÓN EN LAS CIUDADES
INTERMEDIAS POR EL COVID-19
Cinthia Ruiz

PANDEMIA Y SOCIEDAD

Editorial de la ACSHEM
Agosto 3 del 2020, Cuernavaca, Morelos.

Desde su inicio, el año 2020 ha marcado cambios inimaginables en la vida cotidiana de quienes habitamos el planeta. Las sociedades articulan su existencia alrededor de funciones básicas, algunas de ellas dirigidas a la sobrevivencia de la especie. Las múltiples actividades diferenciadas que se realizan en las sociedades complejas, al final tienen

un propósito común; esto es, satisfacer necesidades básicas que permitan, de ser posible, vivir con gratificación en lo personal, lo familiar y lo comunitario.

Acerca de esta premisa de organización de la vida cotidiana, asumimos que las personas que habitamos el planeta, tenemos las condiciones y capacidades para controlar y orientar nuestras decisiones hacia el logro de la satisfacción de nuestras necesidades básicas. No aceptaríamos nunca la posibilidad de

un escenario de vida en donde fuerzas ajenas a nuestra voluntad influyeran y determinaran nuestra forma de existir en todos sentidos.

En efecto, siendo imposible, hasta ahora, que nuestra propia voluntad no tuviera injerencia en lo que hacemos; es innegable, sin embargo, que las circunstancias de tiempo y espacio determinan e influyen en nuestros comportamientos cotidianos. Si además añadimos la influencia involuntariamente heredada de nuestra carga genética, entonces nuestro argumento sobre los factores que acotan nuestra libertad se fortalece.

La pandemia de la enfermedad bautizada como COVID-19, sorpresiva en su aparición, y extendida en el mundo a velocidad inesperada, nos está mostrando que nuestras fórmulas de vivir lo cotidiano son frágiles y mutantes; sí surgió, como sucedió, una causa externa más fuerte que

nuestros hábitos y costumbres. Y esa causa externa apareció y, como sabemos, está trastornando las relaciones humanas en prácticamente todo el planeta.

El tema de la salud personal y comunitaria, y su vinculación con la economía, se ha puesto sobre la mesa, y se debate abiertamente en todo el mundo, sin que haya claridad sobre cómo hacer compatibles esos dos ámbitos, los cuales se ocupan de atender las necesidades básicas y esenciales de conservación y preservación de la vida.

Como puede constatar, la obligada reclusión de personas en espacios físicos reducidos, la ruptura de rutinas laborales, la pérdida de opciones de distracción personal y de convivencia social, y, primordialmente, la conciencia colectiva del riesgo y el sentimiento compartido del miedo a la muerte, son circunstancias extraordinarias donde las personas se muestran al natural



en aspectos que en “circunstancias normales” difícilmente se expresarían.

Asimismo, las condiciones de la contingencia han develado, una vez más, el contenido de las diferenciaciones sociales y de la violencia estructural que definen a las sociedades actuales.

Desde la Academia de Ciencias Sociales y Humanidades del Estado de Morelos, creemos que esta experiencia mundialmente sufrida representa un compromiso para reflexionar con seriedad, y revisar lo pensado hasta ahora, sobre el sentido, los alcances, los límites, y la naturaleza misma de las ciencias humanas y naturales. O dicho de otro modo,

nos vemos ante la obligación de cuestionar hasta dónde realmente somos capaces de entender a profundidad y de definir formas sostenibles de vivir la vida.

Esta pandemia de una enfermedad aun desconocida en su origen, efectos y tratamiento, se planta frente a nosotros, y si asimilamos, y debemos hacerlo

pronto, su involuntario mensaje, nos da la ocasión para revisar a fondo esquemas de valores y significado profundo de las cosas, y, como resultado de ello, auto-proponernos nuevas formas de relacionarnos en lo individual, lo comunitario y con la madre naturaleza.



CIUDAD Y PANDEMIA

Alfonso Valenzuela

Las pandemias han existido a lo largo de los siglos y su impacto en las ciudades ha marcado la vida cotidiana de sus habitantes. Estos eventos han contribuido al diseño de nuevos modelos de ciudad; se han establecido códigos e instituciones sanitarias, y se ha replanteado el concepto de calidad de vida. La higiene surge como una ciencia sanitaria, que según sus promotores habría evitado la Peste Negra (1347-1353) en el medioevo, lo que provocaría la muerte de entre 30 y 40% de la población europea, la cual

tardaría todavía otros 200 años para recuperar las condiciones originales.

La historia urbana nos recuerda que los medios de propagación han estado ligados al comercio terrestre y marítimo; al contacto entre propios y extraños, así como a las concentraciones humanas en las ciudades. En 1845 comentaba ya Frederick Engels sobre la necesidad de sanear las ciudades industriales, como Manchester, frente a las epidemias de Cólera, Virue-

la y Tifoidea, que azotaban de manera particular a los barrios obreros, sujetos a condiciones higiénicas deplorables, contaminación y hacinamiento. La situación actual es reminiscente de aquella época, si observamos lo que está pasando en las colonias populares, las favelas o los barrios marginados en las ciudades. Unos años después del escrito de Engels, se produce una epidemia de Cólera en la ciudad de Nueva York, en donde se ven afectadas zonas que concentraban desventajas como el barrio de Five Points, poblado en su mayoría por irlandeses y afroamericanos de bajos recursos, lo que exhibe las divisiones económicas y raciales. En ese mismo periodo queda también manifiesta la discriminación contra la población pobre, culpándola por ser la más vulnerable al contagio que el resto de la población.

Ante las carencias e inequidades sociales subyacentes y manifiestas durante las pandemias, las ciudades han reconstruido

sus infraestructuras de agua potable y saneamiento, y se han creado instituciones de salud independientes. También en estos momentos se avanza teorías importantes sobre la gestión pública o los modelos de ciudad. En el caso de la epidemia de Cólera en la ciudad de Londres en 1854, personajes como John Snow desarrollaron una serie de teorías epidemiológicas importantes, más aun mapeó los pozos de agua contaminados en la ciudad, lo que permitió encontrar los puntos de contagio, pudiendo rastrear el origen y la expansión de la epidemia de manera más ágil evitando así nuevos contagios.

Una tercera pandemia fue la llamada Influenza Española, que en 1918 acabó con 50 millones de personas en el mundo, entre ellas 500,000 ciudadanos mexicanos.

“La pandemia del COVID-19 podría aprender de la historia de las ciudades y de cómo la gente inició los cambios que necesitaba en el espacio habitable”

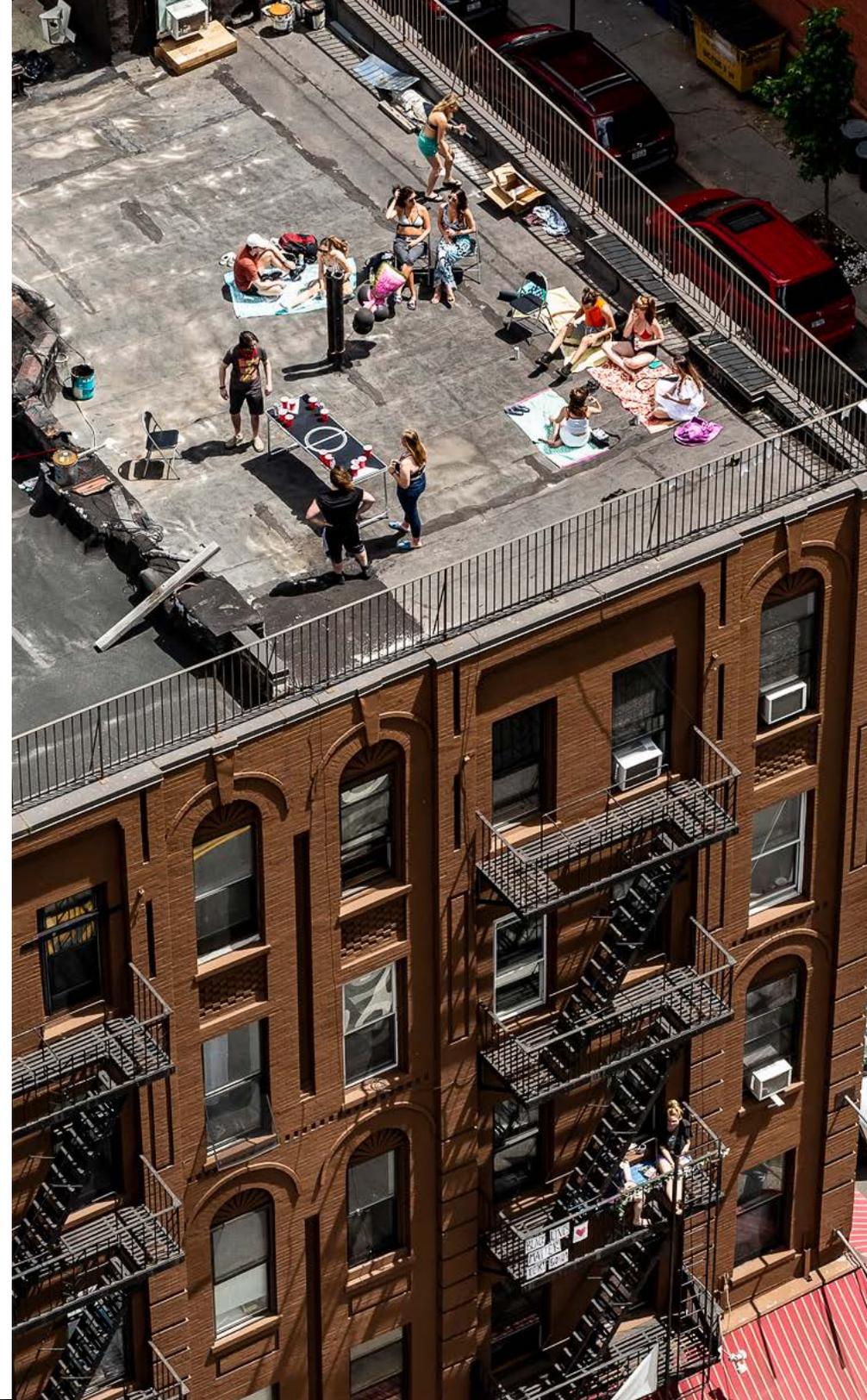
Llama la atención es que en documentos de la época se registra que la respuesta del gobierno mexicano ante la pandemia fue la de negarse a aceptar la magnitud del contagio, como consecuencia aumentaría el número de muertes asociadas a esta. Nuevamente surgieron explicaciones de corte higienista sobre las causas de la epidemia, atribuida en ese entonces a la tala inmoderada de árboles, que provocaba la desertificación de los bosques y causaba afectaciones al clima.

Frente a esta panorámica ciertamente desoladora, surgieron una serie de propuestas para una ciudad ideal, equilibrada, verde y multifuncional. Destacaban las propuestas de los urbanistas y teóricos sociales que proponían modelos basados en las ciencias sanitarias, como

la llamada Hygeia o “Ciudad de la Salud”, ciudades utópicas, Falansterios, ciudades jardín, ciudades lineales, suburbias, ciudades compactas y dispersas. En México estos modelos no pasarían desapercibidos y personajes como Miguel Ángel de Quevedo abogarían por una ciudad saludable, pero, sobre todo, con las condiciones ambientales adecuadas para el ciudadano. Las propuestas desarrolladas por estos visionarios permitirían transitar hacia nuevas formas de habitar y nuevos imaginarios de la ciudad saludable, generando nuevas tipologías que sugerirían nuevos estándares constructivos, espaciales y sanitarios.

La pandemia del COVID-19 podría aprender de la historia de las ciudades y de cómo la gente inició los cambios que necesitaba en el espacio habitable. Las epidemias develan las desigualdades categóricas entre sus habitantes, acentuando las condiciones de vida diferenciadas y segregadas que llevan a

revalorar los espacios vitales, como la casa, la plaza y el barrio. En la mayoría de las ciudades las zonas de mayor marginación han sido las más afectadas por el virus, al tener un limitado acceso a los servicios básicos y a espacios de vida adecuados. Es por ello que la “sana distancia” y el “quédate en casa” son apenas buenas intenciones para aquellos que pueden permanecer en un espacio adecuado y cubriendo sus necesidades básicas. Las desigualdades territoriales muestran los límites del modelo de ciudad actual, basada en el consumo de bienes y servicios, trastocando ahora los modos de socialización y el futuro de la democracia frente al paradigma de la distancia social y los controles coercitivos del Estado. Es por ello que necesitamos redireccionar el presupuesto público hacia la salud, las contingencias, las infraestructuras básicas y los equipamientos que mejoren la calidad de vida para la población en su conjunto.



¿ES LA PANDEMIA DEL CORONAVIRUS UN PARTEAGUAS HISTÓRICO?

¿CÓMO DENOMINARÁN FUTURAS GENERACIONES NUESTROS TIEMPOS?

Las experiencias de los últimos meses en los que el mundo se ve envuelto en una pandemia, las economías se paralizan y desmoronan, y millones de personas tienen que permanecer por largos periodos confinadas en sus casas, sin duda, parecería que estos acontecimientos son un parteaguas histórico. Por dramá-

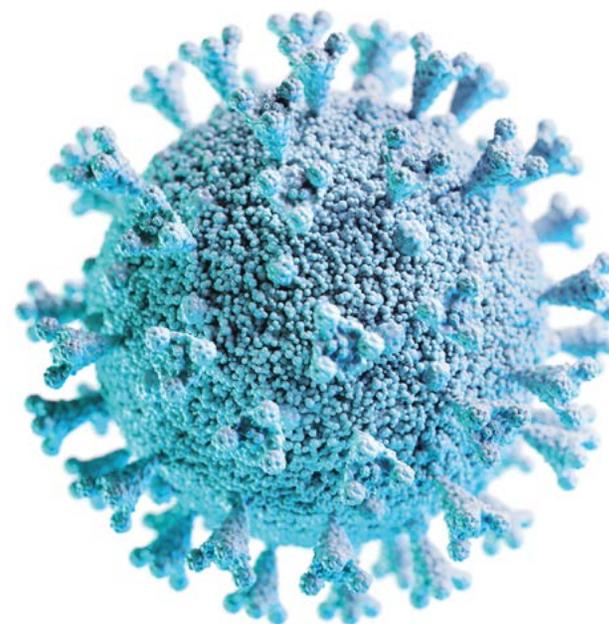
Brígida von Mentz

ticas que sean estas experiencias en este momento, habrá que ver si en dos o tres años, o en dos o tres décadas se sigue recordando la pandemia como el gran parteaguas de nuestros tiempos. Estas líneas quisieran abordar este tema brevemente.

Otros fenómenos también caracterizan nuestra era, por ejem-

plo, el impresionante deterioro global del aire que respiramos; de la tierra que se agota y sus frutos que se contaminan con excesivos químicos y fertilizantes; de los ríos que se envenenan con productos tóxicos procedentes, sobre todo, de las industrias y empresas mineras, y un larguísimo etcétera. Afortunadamente algunos sectores sociales están tomando conciencia de este deterioro, ¿estaríamos así, quizá, en una "era de deterioro y de conciencia ecológica"?

Quizá los factores tecnológicos --por la hegemonía de la economía-- sean los que alteran con mayor profundidad nuestra vida, y son irreversibles, como las nuevas herramientas de la informática, los dispositivos electrónicos, que, de hecho, son los que en este momento de pandemia nos vinculan, como entes que tenemos que vivir aislados, con otros seres humanos. Cambios industriales tan importantes implican nuevas relaciones de trabajo, nuevos usos de energía, orienta-



ciones distintas del capital y de la política.

El impacto de la electrónica y la comunicación digital serían, sin duda, lo característico de nuestro tiempo. Pero hay que tener cuidado: Es soberbio pensar que podemos caracterizar nuestra propia era. Los protagonistas de una época no pueden valorarla, pues solo observan una pequeña parte de la totalidad y, más bien, son luego los nietos y bisnietos los que califican las 'novedades' y percepciones de los abuelos y bisabuelos con "una sonrisa piadosa" o "solo con una mirada condescendiente". Recordemos, por ejemplo, cómo el ferrocarril se convirtió en el siglo XIX en símbolo del progreso imparable, culminación del ingenio humano.

De todas formas, así con todo y nuestra miope percepción de estos momentos, sin duda, el revolucionario impacto que tiene en todo la electrónica y, en ese sentido, sería muy importante reflexionar sobre **nuestra depen-**

dencia de esos dispositivos. ¿Es la nuestra una era de la comunicación global electrónica, dirigida y manipulada por grandes consorcios, el puñado de las omnipotentes industrias de la informática? Si por el confinamiento y el miedo a morir por el Coronavirus, la comunicación entre todos los seres humanos se ha vuelto totalmente electrónica, ¿qué pasará después? Parece un medio ideal e inofensivo el de los cursos escolares 'en línea'; la vida familiar (compras, festejos) 'en línea'; las videoconferencias académicas... En México las escuelas de niños y jóvenes se convertirán - con o sin confinamiento-- en ramales de Google y Facebook (entre otros), y los académicos igualmente usarán cada vez más para seminarios, discusiones y exámenes de grado las herramientas que proveen dichas industrias.

“El impacto de la electrónica y la comunicación digital serían, sin duda, lo característico de nuestro tiempo”

Mi pregunta es: ¿en qué medida esas herramientas son inocuas? La mercantilización de la vida y de todo lo que se produce es tal, que sin duda las mencionadas industrias utilizarán para su provecho la información que reciban de los inocentes 'usuarios' de sus herramientas (además de sus ganancias, claro está). Esas industrias tendrán la información más amplia imaginable, ¿cuál será la libertad individual, si el ser humano no puede controlar lo que se utiliza a sus espaldas a partir de lo que dice y escribe?

Considero que la única libertad que podríamos intentar conservar es la de **una realidad tangible** (incluyendo caricias, besos y abrazos), o sea, una vida familiar sensata; la ciencia y el arte practicados en un entorno propio, libremente elegido. Quizá en conversaciones personales, en escritos en algún trozo de pa-

pel, con dibujos, música, poesía y expresiones artísticas auténticas, ese sería, tal vez, el secreto. Lo familiar, lo íntimo, los amigos, esas son las relaciones que tenemos que cuidar y para ello, sin duda, se requiere ausencia de miedo al contagio. Esperemos que el miedo y las ansiedades desaparezcan con la pandemia, aunque nuevos miedos siempre colmarán nuestra vida.

La característica y el nombre de nuestra era, entonces, independientemente del grave efecto de la pandemia en este momento en todos los ámbitos de la vida, sería quizá **"era del crac económico, la electrónica, la conciencia ecológica y la pérdida de libertad por exceso de mercadotecnia"**.

PREVENCIÓN COMO EJE ORGANIZATIVO DE LA “NUEVA NORMALIDAD”

Vicente Arredondo

La reclusión de habitantes de países enteros en nuestro planeta, situación impensable hace seis meses, se hizo realidad. A partir de ahora, poca gente se atreverá a negar que lo posible y lo probable son prácticamente sinónimos. De todos los aspectos que se analizan sobre la enfermedad del COVID-19, hay uno en el que todo mundo coincide; esto es, que surgió inesperadamente y se extendió por el mundo con una rapidez inusual para una epidemia de su tipo. Sin entrar a la discusión del origen y naturaleza del coronavirus, el hecho es que

el mundo no estaba preparado para atender debidamente esta emergencia; el tema de la prevención de riesgos de impacto mundial se puso sobre la mesa como algo a todas luces prioritario, junto con la necesidad de que exista un andamiaje social que esté preparado para enfrentar los peligros latentes. Muchos aprendizajes de lo que hemos vivido como sociedad planetaria, están aun por precisarse, no hay duda que hemos recordado que el riesgo de muerte a gran escala está siempre presente.

Una de las preguntas más que pertinentes que, a la luz de lo sucedido, estamos obligados a hacernos, es frente a qué tipo de riesgos hay que estar debidamente preparados para prevenirlos y, en su caso, atenuarlos una vez que sus dañinos efectos se hayan hecho realidad.

Una respuesta natural a dicha pregunta es que, en primera instancia, hay que darle prioridad a la prevención de los riesgos que directamente amenazan la existencia misma de los seres humanos, y en segundo lugar, de

aquellos riesgos que, sin ser de vida o muerte, sí afectan las condiciones y calidad de la vida de las personas y de la colectividad en la que viven.

En efecto, son dos dimensiones de nuestra vida social las que en razón de la pandemia están siendo objeto y materia prima del riesgo; esto es, la dimensión de la salud y la dimensión de la economía personal y comunitaria. Lo inesperado de la pandemia mostró que no estábamos preparados para atender sus efectos, ya no digamos sus causas. Como



secuela de esta situación, aparece también la dimensión política como campo de inquietud y desacomodo social. Como prueba de lo inédito del momento que padecemos, se habla ya de estar preparados para enfrentar una “nueva normalidad”, una vez que estén bajo control determinados indicadores de contagio, atención de la morbilidad y número de defunciones resultado de la pandemia.

Hasta ahora primordialmente se señala como “nueva normalidad”, tener que aceptar, en código de salud, determinadas restricciones sobre nuestro comportamiento personal en interacción con los demás, así como recurrir a hábitos de sanidad y a uso de materiales precautorios. Sin embargo, existen otras consideraciones de mayor alcance que perfilan escenarios futuros de nuestra vida en la tierra. Aun no queda claro, si dichos escenarios después de la pandemia están formulados exclusivamente

en el terreno de lo deseable, o si de alguna manera ya perfilan el terreno de los cambios necesarios para que la continuidad de las sociedades humanas sea posible. En efecto, temas como el respeto a la naturaleza, la sustentabilidad del desarrollo económico y social, la exigibilidad de los derechos humanos y la corresponsabilidad en la creación del bienestar mundial abren un universo de retos a la reflexión y a la imaginación, acerca de formas mejoradas y/o alternativas de organizar los pactos sociales nacionales y los consensos básicos internacionales, todo lo cual deberá en su caso construir gradualmente esa "nueva normalidad".

Un eje orientador de ese obligado ejercicio de reflexión e imaginación, sería la prevención de riesgos, como aquí se ha planteado. En efecto, pareciera que como humanidad debemos revisar el sentido de la vida en sociedad, redefinir instituciones, normas, prácticas y valores, para que en

esa lógica de prevención apuntemos la calidad de vida de cada habitante del planeta. Retos inmensos, preñados de utopía, son, sin duda, provocar el diálogo a nivel nacional e internacional acerca de cuáles son las condiciones que debemos crear para que, por ejemplo, el derecho a la salud, en todas sus dimensiones, esté asegurado para todo ser humano, sin condicionamientos de ninguna especie. De igual forma, definir fórmulas acordes a la diversidad de territorios para promover el trabajo humano que sea gratificante, y permita la satisfacción de necesidades humanas básicas, de conformidad con modelos de vida sustentables y respetuosos de las diversas culturas. Finalmente, un nuevo pacto internacional debería resignificar el sentido del poder, la seguridad y la soberanía nacional, así como impulsar los valores de la diversidad, de la complementariedad y de la corresponsabilidad de las naciones.

La prevención, como eje organizativo de la "nueva normalidad", obligaría a pensar en lógica sistémica, integral y de identificación de causas y situaciones que impiden el minimizar el riesgo de morir, ya que en efecto la existencia humana está constituida por un sinnúmero de vulnerabilidades que constantemente ponen en riesgo, no solo las condiciones dignas de vida de los humanos, sino también la vida misma. La prevención solo es posible cuando reconocemos esas condiciones de fragilidad en las que vivimos, y frente a ello, creamos condiciones para defender nuestra existencia y la de los demás.

“pareciera que como humanidad debemos revisar el sentido de la vida en sociedad, redefinir instituciones, normas, prácticas y valores...”

ANTE LA NUEVA NORMALIDAD: REFLEXIONES DESDE LA SALUD URBANA

Las reflexiones planteadas en este documento parten de la multi repetida frase de “Quédate en casa” como estrategia fundamental para enfrentar la pandemia por COVID-19, la cual, sin duda, ha impactado en diversas esferas de la vida. En este texto solo me referiré a dos de ellas: lo que ante la pandemia significa vivir en una gran ciudad y el

Martha Hajar

peso que representa la movilidad de la población.

Jacobs (1) decía que “Las grandes ciudades no son como pueblos, sólo que más grandes, ni son como los suburbios, sólo que más densos; se diferencian de los pueblos y los suburbios en formas básicas y una de ellas es que las ciudades están, por de-

finición, llenas de extraños”. Esta consideración da una idea de la complejidad de hablar sobre el concepto urbano, debido a la combinación de elementos que se dan en él, siendo la cohesión social fundamental para enfrentar los retos que requiere, desde la acción colectiva hasta enfrentar la pandemia, en especial de los que “no se quedan en casa”.

Las ciudades son tradicionalmente los motores económicos de un país, cada vez más están dando forma al mundo, y junto con la globalización, los cambios demográficos y el cambio climático están afectando la Salud Global. La salud de quienes viven en las zonas urbanas es de interés y preocupación por dos razones: primera, el gran número de personas afectadas (2), y segunda, el hecho de que la densidad de población de un área urbana, aunada a los patrones de movilidad, cambian el potencial para enfrentar los problemas de salud pública y sus soluciones

(3). Es decir, el tamaño, la densidad, la diversidad y, especialmente, la complejidad de las ciudades, impactan en la movilidad y presentan desafíos en el área de la salud, como lo ha sido para el mundo entero el COVID-19.

En el tema de la movilidad, se ha focalizado en asegurar infraestructuras adecuadas y servicios de transporte para desplazar pasajeros y carga de forma oportuna, confiable, eficiente y sostenible, no solo como una necesidad básica de las grandes ciudades, sino elemento esencial para el desarrollo económico (4). En este sentido, es importante señalar los problemas de salud presentes en grandes ciudades, los cuales tienen que ver con patrones de movilidad pasiva (auto o transporte público) de sus habitantes, como: la obesidad, las enfermedades crónicas (diabetes, cáncer, los problemas cardiovasculares), accidentes y, ahora, el COVID-19.



Ha quedado claro el impacto que la pandemia ha tenido en zonas de alta concentración poblacional, además del alto porcentaje de los casos graves que están asociados con las enfermedades antes mencionadas (comorbilidades). No es de extrañar entonces que, de los 324 municipios mencionados recientemente por las autoridades de salud como “de la Esperanza” (5); es decir, que pueden volver a la “nueva normalidad”, casi las dos terceras partes (69.4%) de ellos pertenecen al estado de Oaxaca, dispersos y aislados, los cuales seguramente nunca salieron de su normalidad habitual. Ya en 1970 (hace 50 años), Ivan Illich (6) refiriéndose a los patrones de movilidad de los habitantes de grandes ciudades, decía lo siguiente:

- El hombre ha perdido el poder de concebirse a sí mismo como algo diferente a un usuario del transporte motorizado.

- Ha perdido la conciencia del poder que le confiere, desde el punto de vista físico, social y psicológico el hecho de moverse a pie.
- Ha olvidado como marcar su territorio con sus huellas o comunicarse con sus vecinos caminando en un parque.
- No puede encontrarse con alguien sin chocar o llegar a algún lugar sin ser arrastrado por un motor.

Los sistemas de transporte urbano de todo el mundo se enfrentan a una multitud de desafíos relacionados con la movilidad. Las soluciones adoptadas, en muchos casos, han consistido en la construcción de más infraestructura para los coches, y solo un número reducido de ciudades han mejorado los sistemas de movilidad activa, sostenible e incluyente, promoviendo la movilidad a pie, en bicicleta, en transporte sustentable. México está intentando impulsar este

tipo de movilidad, denominado como Plan de Movilidad 4S (7) (Saludable, Segura, Sustentable y Solidaria), esperamos continúe más allá del COVID-19.

La situación de la pandemia seguramente podrá impactar en dos sentidos: a) regresar a los esquemas de movilidad anteriores, en donde se ha privilegiado el uso del automóvil (movilidad pasiva), que sin duda brinda más seguridad, permite el distanciamiento social, etc., pero sus repercusiones en el campo de la salud han sido ampliamente mencionadas y estudiadas. b) Puede ser el momento de dar un impulso hacia la movilidad activa, segura

y sustentable, aprovechando la oportunidad para incidir e impulsar la agenda de seguridad y las metas acordadas en la Cumbre de Estocolmo (8) y en los Objetivos de Desarrollo Sostenible (9). Esta última opción requiere de mejorar la infraestructura y regular la movilidad activa y segura dirigida a la población más vulnerable, mujeres, niños, trabajadores informales, personas con discapacidad, adultos mayores, como un paso fundamental para la construcción de igualdad y mejora de la salud pública del país, ante un fenómeno que con seguridad volverá a repetirse.

Referencias

1. Jacobs, J. (1993). *The death and life of great American Cities*. The Modern Library: New York 1993.
2. Bockerhoff, M.P. (2000). "An urbanizing world". *Population Bulletin*, 55 (3).
3. Vlahov D., Boufford J, Pearson C., Norris L. (Eds.) (2010). *Urban health: Global perspectives*. Jossey-Bass: San Francisco, CA.
4. PNUD (2013). *Planificación y diseño de una movilidad urbana sostenible: Orientaciones para políticas*, Informe mundial sobre asentamientos humanos. Resumen Ejecutivo. Routledge: New York, NY.
5. Secretaría de Salud (2020). *Municipios de la Esperanza*. Documento técnico 16/05/2020.
6. Ivan Illich (1974). *Energía y Equidad*. Barcelona: Barral Editores. <http://www.ivanillich.org.mx/LiEnergia.htm#anchor744515>
7. SSA, SEDATU; SCT; SEMARNAT, OPS (2020). *Movilidad 4s para México: Saludable, Segura, Sustentable y Solidaria. Plan de Movilidad para una nueva normalidad*. CDMX: Gobierno de México.
8. ONU (1972). *Informe de la conferencia sobre el medio ambiente humano*. Estocolmo: ONU.
9. ONU (2020). *Objetivos de desarrollo sostenible*. [https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/health/consultado el 18 de Junio 2020](https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/health/consultado%20el%2018%20de%20junio%202020).



PANDEMIA, POBREZA Y NUEVA NORMALIDAD

Francisco Rodríguez

La pandemia de Covid-19 ha venido a transformar nuestras vidas de una forma insospechada hace pocos meses, y cada día los acontecimientos en torno a ella producen más incertidumbre. Lo que al principio parecía un asunto de algunas semanas se ha convertido en algo de meses y quizá de años. Lo que aparentaba ser un problema de salud pública que había que enfrentar

con medidas adecuadas, ha devenido en una catástrofe mundial social, económica y política. Y las expectativas no son ciertamente alentadoras, pues en China, donde apareció por primera vez el contagio y que a fines de abril había anunciado el control de la pandemia y el regreso a la actividad, ha tenido recientemente un rebrote de la enfermedad.

Una enfermedad de la que se conoce poco, no hay medicamentos ni tratamientos curativos específicos. Tanto la práctica médica como las ciencias biomédicas han tenido que redoblar esfuerzos para identificar las mejores terapias y sumergirse en el desarrollo de medicinas y vacunas que permitan controlarla. Desafía la limitada capacidad de atención de las instituciones públicas de salud; las medidas de distanciamiento social y confinamiento en los hogares buscan evitar que la pandemia las rebase. Además, no hay igualdad de oportunidades para la atención médica, pues existen diferencias de acceso a los servicios médicos, institucionales y privados, relativas a la ubicación de individuos y familias en el entramado social. Una primera consecuencia social predecible es una incidencia en la salud relacionada directamente con la desigualdad social: el contagio no distingue entre clases, pero la exposición al riesgo y el acceso a la atención médica

si varía en función de la posición socioeconómica.

El confinamiento en los hogares y el paro de las actividades no esenciales tiene, y tendrá, varias consecuencias en la economía, algunas inmediatas, otras a mayor plazo, que seguramente afectan a las personas directamente proporcional a su situación socioeconómica. La reclusión en los hogares ha significado una reducción drástica del consumo de diversos bienes y servicios, lo cual afecta tanto al comercio, como a la producción. El paro de actividades ha implicado la pérdida del ingreso diario o del empleo para muchos, y los bajos niveles salariales de una mayoría supone la ausencia de ahorros que puedan solventar las necesidades más apremiantes.

En los medios masivos y en los foros académicos se espe-

cula y debate sobre sus efectos en la economía y la sociedad. Hay consenso en que los efectos económicos de este fenómeno socioambiental apuntan a un panorama catastrófico, pues la destrucción parcial de la economía, debido a la desarticulación de empresas y cadenas de valor, el aumento del desempleo y la caída del consumo, frenará el crecimiento económico y hará caer el potencial de desarrollo. Se vislumbra, por tanto, un aumento de la pobreza y de la vulnerabilidad de la población. De acuerdo con el Coneval, ya en marzo de 2020 se observaba una desaceleración del crecimiento de los trabajadores asegurados en el IMSS; este organismo pronostica un aumento de la pobreza de entre 6.1 y 10.7 millones de personas. Paradójicamente, esto sucede cuando el ingreso laboral real de los trabajadores

“El aumento de la pobreza debe enfrentarse desde perspectivas más humanas, distintas a las que dicta el neoliberalismo”

(el poder adquisitivo del salario) apuntaba a una tendencia creciente, con un aumento en torno al 21% entre el cuarto trimestre de 2014 (que fue el punto más bajo en los últimos 15 años) y el primer trimestre de 2020. Solo en el último año, la ganancia del ingreso real fue de 7.6%, y debe destacarse que favoreció más a los trabajadores de más bajas percepciones.

Hay consenso también que la pandemia habría de introducir cambios en diversas cuestiones de la política y la sociedad. En lo inmediato, queda claro que los gobiernos deben institucionalizar mecanismos de prevención y resiliencia para este tipo de tragedias. El advenimiento de una pandemia era previsible: el cambio climático, la destrucción de la naturaleza, el comercio de animales salvajes, favorecen el contacto con enfermedades desconocidas para la medicina moderna. Pero la ideología neoliberal tiene como prioridad la rentabilidad de las inversiones:

la salud pública no es negocio, mucho menos prevenir desastres como este, que nadie sabe cuándo llegarán. El aumento de la pobreza debe enfrentarse desde perspectivas más humanas, distintas a las que dicta el neoliberalismo; debe priorizarse el bienestar de las mayorías sobre la ganancia de unos cuantos. Para varios pensadores (Harvey, Zizek, Ramonet, De Sousa, entre otros), la pandemia muestra que el modelo de capitalismo neoliberal es insostenible, y que es indispensable transitar hacia un nuevo modelo más humanista y sustentable, menos explotador de la fuerza de trabajo, no depredador del ambiente y los recursos naturales. De ahí que pensar en una “nueva normalidad” no significa solamente ponderar el tipo de asuntos que deberían prevalecer para la protección de la salud y la vida de las personas, sino ir más allá, dilucidar qué cambios deberíamos impulsar para tener un mundo más justo y sustentable.

Referencias

1. Consejo Nacional de Evaluación de la Política Social (Coneval), 2020, La política social en el contexto de la pandemia por el virus SARS-CoV-2 (Covid-19) en México. https://www.coneval.org.mx/Evaluacion/IEPSM/Documents/Que_Hacer_COVID-19.pdf
2. Coneval, 2020, Índice de la tendencia laboral de la pobreza (ITLP): https://www.coneval.org.mx/Medicion/Documents/ITLP-IS/2020/IT2020/ITLP_Nacional_y_estatal_mayo_2020.pdf
3. Ramonet, Ignacio, “La pandemia y el sistema-mundo”. *La Jornada*, 25 de abril de 2020: <https://www.jornada.com.mx/ultimas/mundo/2020/04/25/ante-lo-desconocido-la-pandemia-y-el-sistema-mundo-7878.html>
4. Harvey, David, 2020, “Política anticapitalista en tiempos de COVID-19”; *Sopa de Wuhan*, ASPO, Pablo Amadeo Editor.
5. Zizek, Slavoj, 2020, “Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de “Kill Bill” y podría conducir a la reinención del mundo”; *Sopa de Wuhan*, ASPO, Pablo Amadeo Editor.
6. De Sousa Santos, Boaventura, participación en el “Webinario Internacional Pos Covid/Pos Neoliberalismo, la pandemia y el futuro de América Latina”, sesión 4: Democracia, ciencia y movimientos sociales; México, Diálogos por la Democracia, 19 de junio de 2020: <https://www.facebook.com/DialogosPorLaDemocraciaUNAM/videos/sesi%C3%B3n-4-ele-na-%C3%A1lvarez-y-boaventura-de-sousa-de-democracia-ciencia-y-movimientos-so/714333716059298/>

REFLEXIONES EN TIEMPOS DE PANDEMIA. BREVÍSIMAS NOTAS SOBRE TEMAS QUE MERECEEN UN AMPLIO TRATAMIENTO

De pronto un día, tuvimos noticia de que un virus amenazaba la salud y la vida de los seres humanos. A muchos nos invadió el pasmó. No podíamos dudar de una información que provenía de fuentes confiables, pero creerla no significaba saber qué hacer frente a la situación. A la sorpresa, se sumó la estupefacción: una especie de parálisis que impedía una reacción; desconcierto, aturdimiento por no comprender bien lo que eso implicaba. Parecía un “mal sueño” o una broma

del “genio maligno” de Descartes. La ficción parecía más real que esa situación que hacía tambalear las certezas, los deseos, las expectativas y las intenciones. De un día para otro, ya no fuimos libres de viajar a donde teníamos previsto, ni de ver y abrazar a nuestros seres queridos; tampoco de ir a trabajar como siempre; nuestras prácticas de todos los días se trastocaron.

Preguntas acuciantes rondaron mi mente, si mi mundo está

trastocado: ¿Qué pasa con mi yo? ¿Puedo hacer el recorrido habitual en mi mismidad y encontrar a la misma persona? Si debo reconstruirme ¿Qué pierdo y qué gano en el proceso? ¿Padezco, sin más, la situación, o puedo ser agente con respecto a ella? ¿En qué medida puedo actuar, con cuáles fines? ¿En mi actuar con quiénes cuento? Finalmente: ¿Quién quiero ser en este mundo en el que el riesgo y la cercanía de la muerte nos conectan a todos los seres humanos,

Teresa Yurén

nos vuelven víctimas actuales o potenciales y, al mismo tiempo, de alguna manera, cómplices de provocar directa o indirectamente los males que ahora nos aquejan?

La pandemia nos colocó de manera ineludible frente a la finitud; la propia y la de la especie. Cuando nos ponemos mascarilla se hace presente el riesgo, el miedo a la enfermedad y a la muerte. Es como si la muerte misma nos interpelara, nos



impidiera eludirla y nos llamara a vivir con autenticidad, sabiéndonos mortales y reconociendo, como planteaba Heidegger, que la totalidad o plenitud del Dasein (del ser ahí) se nos escapa; es marcada por un cierre imposible: cuando el Dasein alcanza su posibilidad más extrema ya no está ahí, ya no es. "Todos sabemos que nada ni nadie habrá de ahorrarnos el final -decía Benedetto-, pero así y todo hay que vivir como si fuéramos inmortales". Vivir así, me parece, no equivale

a la inautenticidad; por el contrario, es más auténtico asumir el tiempo no como algo que ocurre, sino como un presente que encara el futuro extremo que le espera, con todo lo que se ha sido, sé es y se procura ser, pese a saberse finitos; porque, o se vive vuelto hacia la muerte, o huyendo de ella.

La pandemia fue sorpresiva y engendró otras sorpresas. El mundo neoliberal nos había hecho creer que el Estado, achica-

do y atrofiado, solo estaba para seguir el juego del mercado. Sin embargo, la pandemia reveló al Estado como algo imprescindible, tanto para la gestión de la enfermedad como la de la economía. Vivimos en carne propia el error de haber permitido el desmantelamiento de nuestro sistema de salud y la esclerosis del sistema educativo. También fuimos testigos del resurgimiento de la indignación y los movimientos sociales. El capital, los mercados, el mundo de las finanzas siguen

empujando con fuerza, pero los Estados, cada uno a su manera, han tenido que tomar medidas para responder a las reivindicaciones sociales y a la emergencia sanitaria. Estamos viendo que es posible una recomposición en el juego de fuerzas.

La pandemia también mostró que las "actividades esenciales" lo son con toda propiedad y merecen ser reconocidas y tratadas de esa manera. Pasó a un primer plano lo que llamó Arendt

“labor”: la actividad que produce lo vitalmente necesario para alimentar el proceso de la vida en el cuerpo humano. Las labores agrícolas y pecuarias, la distribución de los bienes de consumo y las tareas domésticas que condicionan la reproducción de la vida cotidiana y de nuestra existencia, constituyen un conjunto de oficios menospreciados y mal pagados, pese a su importancia. El confinamiento obligó a revalorarlos y nos conmina a tratarlos con justicia.

El confinamiento vino a exacerbar en algunos casos la violencia intrafamiliar, pero en otros contribuyó al florecimiento de relaciones más profundas, auténticas y disfrutables. Al igual que Honneth, considero que el respeto no es la única forma de reconocimiento, ni la más importante en todos los momentos de nuestra vida. El amor y la confianza como formas de relación íntimas, así como la cooperación y la solidaridad en el ámbito de lo social, constituyen formas de

relación que debiéramos cultivar, no solo en tiempos de crisis.

La pandemia y los movimientos ambientalistas nos recuerdan que solo la cooperación de los Estados, pueblos, grupos, seres humanos, hará posible que se

“La pandemia y los movimientos ambientalistas nos recuerdan que solo la cooperación de los Estados, pueblos, grupos, seres humanos, hará posible que se enfrenten las epidemias (la actual y las que vendrán) y la crisis socioambiental”

enfrenten las epidemias (la actual y las que vendrán) y la crisis socioambiental. O asumimos nuestra responsabilidad con respecto a las generaciones futuras o seremos cómplices del suicidio de la humanidad y de la pérdida de la vida en nuestro planeta.

Una última reflexión. El confinamiento nos ha obligado a utilizar de manera intensiva las redes digitales. Ello ha permitido que los procesos educativos continúen y que, en muchos casos, el trabajo no se suspenda. Toda la información se manda a “la nube”, como si esta fuera algo etéreo, que de manera mágica acumula información sin ocupar espacio. Igual que evadimos la muerte, eludimos reconocer que se trata de un conjunto de redes de ordenadores interconectadas que consumen recursos y generan residuos y emisiones contaminantes. Usamos y abusamos de esas redes sin informarnos mejor de lo que eso conlleva.

Corto aquí el hilo de mis reflexiones a sabiendas de que no podré escapar de ellas, porque no hay vacuna que sirva de contrapeso a esas mortificaciones.

UNA PANDEMIA A TRES BANDAS: SALUD, CIUDADANÍA Y ECONOMÍA

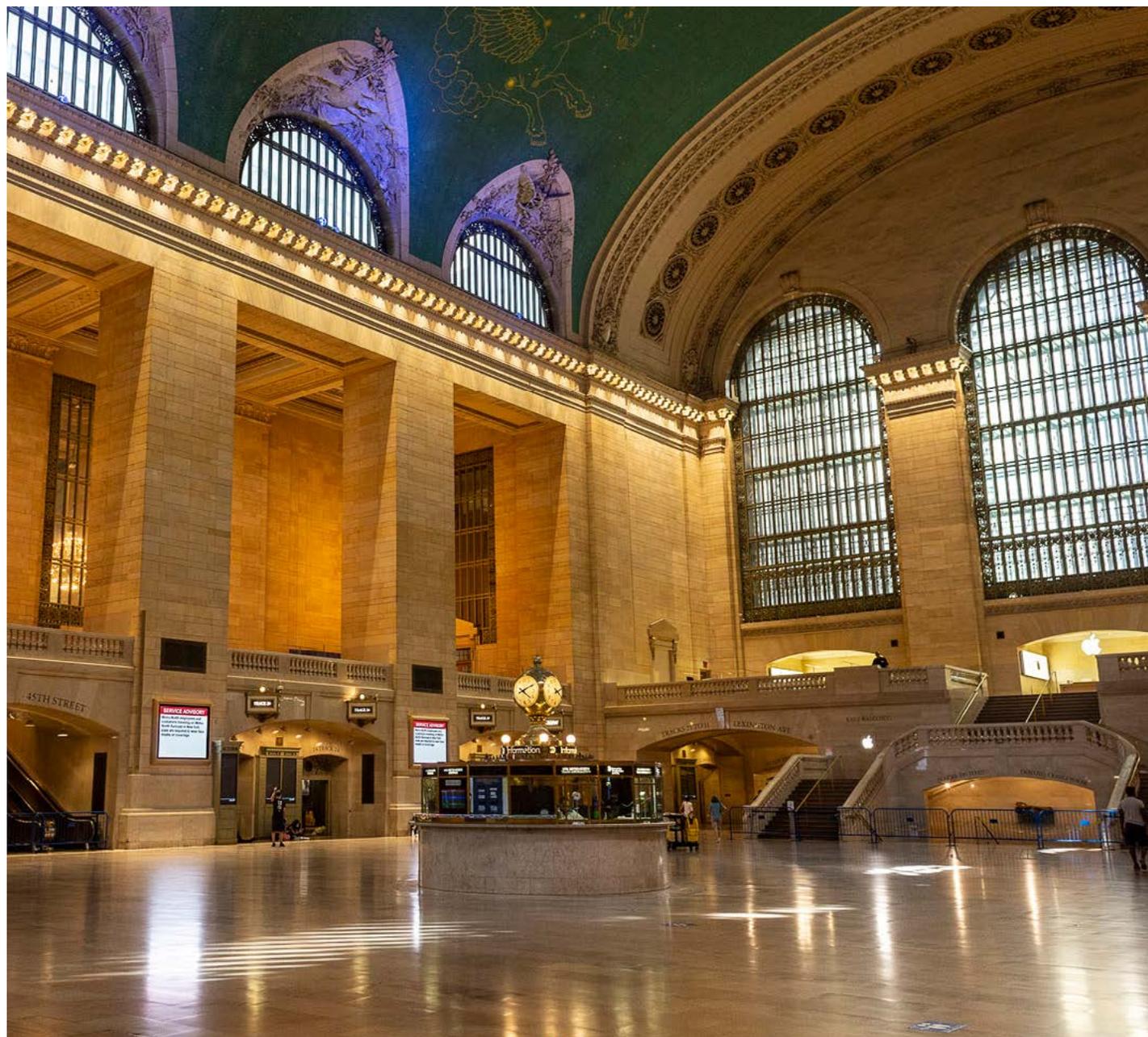
Desde que empezó allá por febrero y marzo, la llamada de atención mundial y nacional acerca de la pandemia del Covid-19, me he preguntado ¿cómo se han articulando tres factores clave: las medidas de atención a la salud por parte, sobre todo, de los gobiernos; las conductas ciudadanas de prevención, y el sostenimiento de la economía? Una articulación de la que se ha discutido poco, pero que -intuyo- ha podido influir sustancialmente en las decisiones que se han tomado

y que marcan el desenvolvimiento de lo que ha ocurrido.

En un principio, cuando entramos a la Jornada de Sana Distancia a fines de marzo, la idea primordial era prepararse para el advenimiento de algo feo y grave. El gobierno entonces nos dijo a los ciudadanos que tendríamos que adoptar nuevas y diferentes conductas, latosas, pero necesarias: todo el mundo a su casa, que nadie se te acerque, aprende a lavarte las manos y no tocarte la cara, y practica

Mauricio Sánchez

extensamente un verbo poco socorrido: desinfectar. Desinfectar zapatos, coche, ropa, paquetes y demás. Mientras, el sector salud se apertrechó: se reorganizó, hizo equipos especializados y desarrolló su estrategia de vigilancia y atención. Y la economía, preparándose para una recesión, se dividió en dos: la prescindible y la imprescindible (o esencial). Muchos trabajadores de cuello blanco (como yo) no volveríamos a nuestros lugares de trabajo, pero seguimos desde nuestras



casas; y muchos también, particularmente los proveedores de bienes de primera necesidad (como alimentos y medicamentos) continuaron operando, para fortuna de los demás, algo que se discutió muy poco.

En sí, la Jornada de la Sana Distancia estuvo copada por ese dúo que formado por la informatitis aséptica del gobierno, con conferencias diarias de frías estadísticas, y la asunción por parte de la ciudadanía de estas nuevas conductas preventivas. Una interacción en que, desde mi punto de vista, era muy notorio cómo el gobierno buscaba centrar la atención en los datos, alejándonos de la tragedia que podía estar ocurriendo. Como si

los sucesos fueran perfectamente previsibles y todo estuviera bajo control. No nos enterábamos de cuáles eran las condiciones y situaciones reales en que se estaba desarrollando la epidemia. Solo se nos informaba de números: de camas, ventiladores, pacientes, sospechosos, difuntos y demás. A la vez que se aleccionaba reiteradamente a la ciudadanía, por todos los medios habidos y por haber, acerca de cuál era la conducta prescrita para cada caso. Toda una nueva disciplina social que, a su vez, llevó a sendos debates sobre la libertad y los derechos individuales. Pero, a mis oídos, la pretendida corresponsabilidad entre gobierno y ciudadanía sonaba así: “nosotros

(el gobierno) estamos preparados para atenderlos a ustedes... pero de ustedes depende si se contagian o no”. Mientras tanto, nadie mencionaba las decisiones tomadas respecto a, por ejemplo, controlar la movilidad y el transporte de bienes y personas, una medida que se adoptó en otros países. Un tema que me preocupó mucho tras leer en un texto acerca de la historia de la epidemia de influenza de 1918, que el virus de aquel entonces se propagó por el mundo gracias a las redes de tráfico, en particular el marítimo.

Ahora nos encontramos, habiendo, supuestamente, superado la etapa álgida, con la llamada nueva normalidad. Al parecer,

cientos, si es que no miles, de personas están de nuevo en las calles de la capital (donde vivo), no pocas actuando como si la epidemia fuera cosa del pasado. Nueva normalidad con semáforo en rojo..., mientras el número de casos por día tiende a aumentar. Pero ya se ha autorizado que los sectores de la construcción, la minería y la producción automotriz se activen nuevamente. Entonces pasan por mi mente un par de artículos periodísticos escritos hace poco. Uno afirma que, pase lo que pase, este año en México el coronavirus no va a matar a tanta gente, como sí lo haría la diabetes; y otro, tomando en cuenta lo anterior, se pregunta cándidamente ¿qué tanto

nos representa unas decenas de miles de muertos por este virus de cara a la recuperación de la economía? Y entonces, vuelvo y me pregunto otra cosa: ¿en qué medida la ciudadanía, todo este tiempo, ha sido una suerte de rehén activo, primero, de un gobierno que ha asumido una responsabilidad parcial, y, segundo, de una economía que dormitó un rato, pero que desesperada, ya no puede más?

AMENAZANTES Y PRESCINDIBLES: LOS “OTROS” EN TIEMPOS DE COVID-19

En 1986, a propósito de la tragedia de Chernóbil, Ulrich Beck, en el libro titulado *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, escribió: “ha llegado el final de los otros”; la amenaza ya no son los “otros”, negros, mujeres, refugiados políticos, comunistas, judíos. En la era atómica la amenaza se generaliza, porque su poder “suprime todas las zonas protegidas y todas las diferenciaciones de la modernidad”. Treinta y cuatro años después, en sus reflexiones sobre la propagación de la enfermedad

COVID-19, provocada por el virus SARS CoV-2, Boaventura de Sousa afirma que una de las lecciones que deja la propagación del virus es que “las pandemias no matan tan indiscriminadamente como se cree”, sino que diferencian tanto en términos de prevención como de expansión y mitigación, y la población principalmente afectada está constituida por “mujeres, trabajadores precarios, negros, indígenas, inmigrantes, refugiados, personas sin hogar, campesinos, ancianos, etc.”.

En la actualidad estos dos escenarios coexisten. En la sociedad de riesgo caracterizada por Beck todos estamos expuestos, incluso los más ricos, los grandes capitalistas. Nadie se salva de una invisible ola de radioactividad que de pronto se extiende sobre el territorio como amenaza invisible para amordazar a la vida. Y esto sigue vigente, porque la producción de energía nuclear no se ha reducido lo suficiente. Baste recordar que hoy 449 centrales nucleares producen más o menos 17% de la ener-

Angélica Tornero

gía mundial; que actualmente se construyen 54 centrales más, y que los accidentes no cesan: en 2011 se registró una explosión en la central de Fukushima. La generación de energías renovables se incrementa, pero lejos está de suplir a la producción de energía nuclear y fósil. Así, aquí y ahora estamos todavía inmersos en la sociedad de riesgo, la que Edgar Salin llamó hace más de seis décadas la “nueva fase de la revolución industrial”, caracterizada por el uso de la energía nuclear.

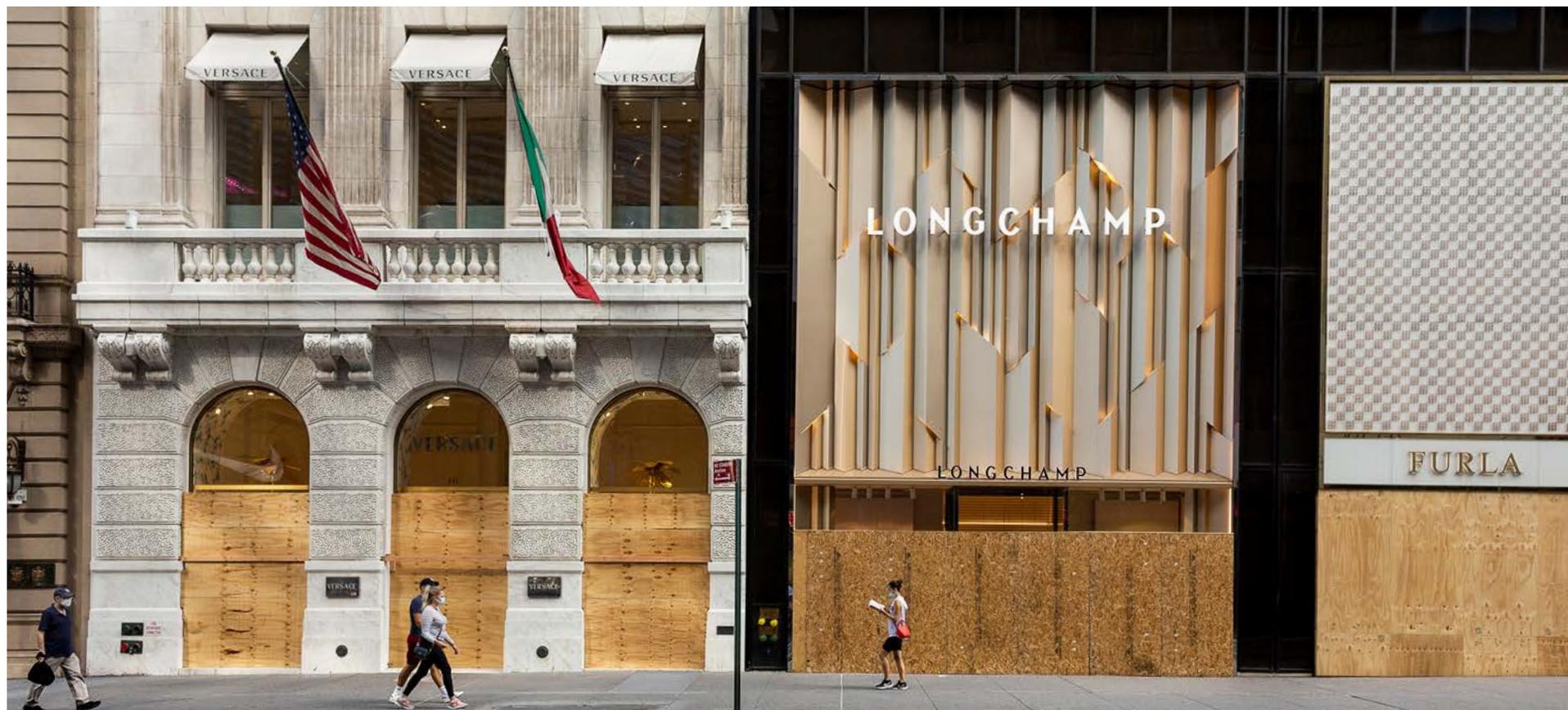
Boaventura de Sousa afirma que las pandemias diferencian. SARS CoV-2 es una amenaza para todas y todos; sin embargo, no afecta de la misma manera. De un lado, están las mujeres y los hombres privilegiados que cuentan con los medios para la prevención o la atención tem-

prana; los que pueden aislarse cómodamente, porque tienen las condiciones para hacerlo. Del otro lado están aquellas y aquellos para quienes encerrarse es un lujo, precisamente porque han vivido aisladas y aislados, al margen, sin posibilidades de desarrollo, en situación de precarie-

dad: si se confinan no subsisten y si no, enferman de COVID-19 y pueden morir.

Si en “la sociedad de riesgo” de las economías desarrolladas la amenaza nuclear desdibuja a los “otros” como germen del peligro y, en apariencia, pone en condi-

ciones de igualdad a una buena parte de la población mundial debido al carácter democrático de las contingencias, en la sociedad global de los desafíos biológicos y las pandemias (que corre de manera paralela a la de riesgo), especialmente la provocada por SARS-CoV 2, aunque todos



podemos contagiarnos, regresa de manera implacable al primer plano el escenario (existente desde hace siglos) en el que se salvan las personas que cuentan con los recursos para hacerlo; mientras que las otras no, y no importa, porque lastimosamente han sido y siguen siendo prescindibles, y, además, son un peligro.

Así, lo que la pandemia pone de relieve en la sociedad global es que los “otros”, aunque indispensables para la realización del proyecto, siguen teniendo este doble carácter de prescindibles y amenaza. Una de las manifestaciones más evidentes ha ocurrido en la Unión Europea. Ya las oleadas de migrantes, no solo por problemas políticos o situaciones de guerra, sino por hambre, habían dejado expuesto el rostro de una Europa aterrada frente a la inminente “invasión” de los “otros”, siempre

atemorizantes, siempre señalados. La llegada de SARS-CoV-2 no solo ha confirmado, sino también intensificado el rechazo a los “otros”. Cuando los primeros casos del COVID-19 aparecieron en Italia, la acción inmediata no fue cerrar la frontera común del espacio Schengen (esto se hizo después) para resolver de manera conjunta el problema de salud que resquebraja a las economías y a las sociedades, sino que cada país cerró sus fronteras para protegerse, para salvarse a sí mismo, dejando en evidencia los límites de la “Unión”.

Esta actuación, desde luego, no es privativa de los países de la UE; se replica en otras partes del mundo que han cerrado sus fronteras para evitar contagiarse de SARS-CoV-2. Con esta medida, más que defenderse del virus -la OMS ha señalado que 80% de la población mundial se contagiará- los gobiernos aprovechan para enviar mensajes. Las economías más fuertes del mundo muestran la robustez de

sus “Estados” y parecen decir: “a pesar de la rabiosa diferenciación funcional que ha provocado el capitalismo neoliberal y de la interdependencia, tengo la fuerza para decidir cerrar mis fronteras, para recordar que aún hay límites y que los ‘otros’ encarnan el peligro”. Los países con economías menos fuertes, por ejemplo, los del Mercosur, remiten señales de repudio a los migrantes interregionales, que son los “otros” que han invadido sus territorios.

Tras cinco meses de expansión del virus fuera de Wuhan, ha quedado claro que el cierre de fronteras, los aislamientos no son ni serán la solución para contrarrestar el contagio. Estas medidas, más que contribuir a la acción solidaria local y global, a la puesta en común para salvar al planeta, recrudecen la irritación hacia los “otros”, amenazantes y prescindibles.

“Así, lo que la pandemia pone de relieve en la sociedad global es que los “otros”, aunque indispensables para la realización del proyecto, siguen teniendo este doble carácter de prescindibles y amenaza”

CON AGUA Y CON JABÓN: JORNALEROS Y JORNALERAS MIGRANTES ANTE LA PANDEMIA POR SARS-CoV2 (COVID-19)

Hasta el momento en el que escribo estas líneas, existe una percepción muy diversa y general sobre los métodos o formas de prevención más adecuados para evitar la propagación y contagio por SARS-CoV-2, también denominado COVID-19. Sin duda, uno de los acuerdos fundamentales y una de las recomendaciones que con mayor insistencia se ha difundido por medios oficiales es la llamada *ásana* distancia y el lavado de manos con agua y con jabón.

Estas dos últimas condiciones parecen recomendaciones sencillas ante la compleja situación mundial que afrontamos. Sin embargo, hay sectores de la población que, incluso con dichas recomendaciones aparentemente sencillas, no tienen las condiciones para llevarlas a cabo. Uno de estos sectores son las familias jornaleras. Mujeres, hombres, niños, niñas, adultos mayores, todos y todas viajando por más de tres o cuatro días en un autobús, que muchas veces rebasa su capacidad (de 40 a 45 asientos en

Alex Castellanos

promedio). Estas familias, en su mayoría indígenas, viajan desde sitios muy lejanos de la Montaña del estado de Guerrero, de zonas de selva tropical de los estados de Veracruz y Tabasco, de los Altos de Chiapas, o bien, hasta de las zonas del centro del país como Morelos y Puebla.

Los destinos a los que se dirigen año con año son los campos agrícolas del noroeste mexicano, en los estados norteros de Baja California, Sinaloa o Sonora. A cada uno de estos sitios llegan



los jornaleros y las jornaleras con la esperanza de “compensar” sus ingresos para regresar a sus lugares de origen con un poco más de dinero “extra” que permita continuar la vida. Los autodenominados “buscadores de vida” no pueden ser catalogados dentro de las etapas del semáforo de prevención y monitoreo que han establecido las autoridades sanitarias. No hay etapas en rojo, naranja o verde. El riesgo por el que atraviesan desde la salida de sus comunidades, el viaje, la estancia en los campos de cultivo o zonas de asentamiento hasta el regreso a sus comunidades, les hace vivir en una constante etapa roja del semáforo de riesgo epidemiológico.

A pesar de los videos muy ilustrativos de fundaciones vinculadas a las agro-empresas, en lugares como Sonora anuncian la preocupación y las acciones emprendidas en el establecimiento de medidas de control sanitario en los campos de cultivo, algu-

nas de las declaraciones de los agricultores o agro-empresarios hablan de que, "...el empresario agrícola, además de los jorna-

“El riesgo por el que atraviesan desde la salida de sus comunidades, el viaje, la estancia en los campos de cultivo o zonas de asentamiento hasta el regreso a sus comunidades, les hace vivir en una constante etapa roja del semáforo de riesgo epidemiológico”

leros, son los más preocupados porque se cumplan los protocolos para evitar que el personal se enferme y se tengan que suspender actividades, pues significaría sacrificar la cosecha...”, sin duda la preocupación está puesta en salvar la producción antes que la

salud de los trabajadores, ya que “perder la cosecha si se les enferma la gente” es latente. No está demás decir que para el caso del cultivo de uva de mesa en Sonora, se reportó la llegada de más de 8 mil jornaleros y jornaleras tan solo en la zona de Costa de Hermosillo, a esta cifra hay que agregar los más de 20 mil trabajadores en la zona de Estación Pesqueira, cercana a la capital, para el corte de uva de mesa. Lo anterior entre los meses de abril y junio, justo cuando la curva de contagios mostraba su constante incremento.

Aun cuando la producción de uva de mesa en Sonora para este 2020, se estima en 309 mil 500 toneladas, inferior en 8.9% a la obtenida en 2019, el estado se mantiene como el principal productor de vid -informó en entrevista al diario El Imparcial, el secretario de Agricultura, Ganadería, Recursos Hidráulicos, Pesca y Acuicultura (Sagarhpa) de Sonora-. Incluso en esta temporada se abren otros nichos de

mercado para la uva sonorenses, ya que con el envío de ocho cargamentos con más de 125 toneladas de diferentes variedades de uva mesa, productores de San Miguel Horcasitas, Sonora, iniciaron la exportación de este fruto a Corea del Sur, según datos de la prensa local.

La dinámica de la agroindustria de uva, al menos en Sonora, parece que no parará ante la pandemia. Sumado a lo anterior, otro factor a considerar es el uso del agua para dicho cultivo. Según datos de CONAGUA (2018), a nivel mundial, México tiene un grado bajo de presión sobre los recursos hídricos, aunque la región hídrica del noroeste, a la que pertenece Sonora, tiene un grado de presión muy alto 74.5 y 96.1% para Sonora en 2020; en parte debido al uso agrícola en 90% del agua en la región (que incluye 78 municipios y 3 zonas metropolitanas, según CONAGUA, 2018) y 88% en Sonora.

Frente a los anteriores datos, la población que está vinculada a dicho modelo de agro-exportación (uva de mesa) son las familias de jornaleras y jornaleros agrícolas, quienes según INEGI en 2015 de unos 5 millones de personas ocupadas en actividades agrícolas, 2.2 millones corresponden a esas familias; de las cuales solo 4% tiene acceso a los servicios de salud, según CONAPRED (2016). La falta de acceso a servicios básicos (salud, vivienda, higiene, saneamiento, agua potable y otros) nos debe hacer reflexionar sobre las graves consecuencias que pudiera tener una pandemia como la que afrontamos, y reflexionar acerca de cómo unas medidas sanitarias tan aparentemente sencillas como la “sana distancia” y “el lavado de manos frecuente”, si las ponemos en el contexto de población vulnerable o sectores de población con mayores condiciones de riesgo, nos dejan ver que, tal vez, no sea suficiente afrontar la pandemia con agua y con jabón.

ALGUNAS CONTRADICCIONES TERRITORIALES DE LA PANDEMIA 2020

El año 2020 nos recibió con una nueva forma de adentrarse en las crisis que el capitalismo presenta cíclicamente, justificada a partir de la expansión de un nuevo virus que genera muerte entre algunos de quienes la padecen. Para impedir su proliferación se dice que es necesario limitar y, hasta impedir, la movilidad territorial de las personas, ya que es a través de esta actividad que se aumenta el riesgo de infección y se expande la pandemia.

Las restricciones a la movilidad de personas y productos en

diferentes escalas, pone en entredicho uno de los paradigmas más aceptados del neoliberalismo, que favorece y promueve diferentes procesos: el intercambio de mercancías entre países como un elemento fundamental para su reproducción; el movimiento o migración de personas, legal o ilegalmente, para cruzar fronteras nacionales e internacionales; la movilidad cotidiana por motivos de trabajo o de estudio que representa la mayor parte de los viajes de personas en México y en muchos países, o la que pro-

mueve los flujos comerciales y del sector terciario de la economía en general, entre otros. Las tendencias presentadas hasta hace unos meses han cambiado, y me pregunto: ¿Son definitivas o son solo una fase coyuntural ante la crisis? ¿Qué redireccionalización tienen las transformaciones territoriales vía la recuperación económica requerida?

Para ejemplificar estos cambios, empezaré con la producción. Se reconoce desde hace algunos años que la terciarización es la

Blanca Ramírez

actividad ganadora sobre la producción secundaria y primaria; sin embargo, con el cierre temporal de las actividades productivas no indispensables, una parte de la industria cerró, a excepción de la química, la farmacéutica y la alimenticia, dejando sin trabajo a un grupo considerable de trabajadores, muchos despedidos o con solo una parte proporcional de su salario. Los pertenecientes al grupo vulnerable de más de 60 años o con padecimientos físicos que requieren atención especial, se van hacia sus casas



con tratamientos especiales de contratación o salarios reducidos. La afectación a los trabajadores depende de su contratación, ya que los formales pueden negociar sus condiciones, pero los que laboran en outsourcing o en la informalidad son los más amenazados por la pérdida del empleo al no contar con condiciones de seguridad laboral que les permita defender sus puestos de trabajo.

El sector agrícola no suspende actividades, pero se dificulta la

comercialización de sus productos ante la limitante de movilidad y el cierre de comercios, a pesar de los apoyos proporcionados para su beneficio. Afecta, sobre todo, a los pequeños propietarios, quienes no pueden vender sus cosechas, o bien estas se ven limitadas debido a la disminución de remesas enviadas desde Estados Unidos, fundamentales para subsistir, así que tienen que movilizarse y comercializar personalmente sus productos tanto en carreteras como en la ciudad.

El sector terciario ha visto afectadas sus ganancias al cerrar centros comerciales, restaurantes; llevar los productos solicitados por internet hasta la puerta de la casa, ha sido una solución. En una mezcla de uso de tecnología telefónica o digital con oferta de sus actividades, dan servicio movilizándolo su producto vía servicios concesionados, o acuerdos con particulares para entregas a domicilio. Esta activación de la economía hace que compañías ganadoras, que favorecen la movilidad de productos por la compra electrónica y la entrega a domicilio, generen demandas de circulación de mercancías y formas de obtención de bienes y servicios que anteriormente eran limitadas, sobre todo, en supermercados y en restaurantes.

Las empresas más beneficiadas de actividades electrónicas son Amazon, Estafeta y las compañías de correspondencia a domicilio, Uber y otras que distribuyen, al igual que las que

favorecen conexiones por internet como Zoom, Mett, Google y Netflix que cuentan con clientes cautivos que no dejan sus domicilios y consumen para vincularse sin moverse: la educación y el comercio se encuentran en este rubro. Algunas de ellas permiten el trabajo en casa, actividad que ya se venía desarrollando entre los investigadores de universidades, ahora se ha extendido ampliamente entre los trabajadores de los servicios, aumentando la jornada laboral, y además desarrollada en espacios privados, ahora convertidos simultáneamente en vivienda y oficina. De esta contradicción entre movilidad-inmovilidad queda la pregunta de cuándo moverse, para qué y cuándo permanecer recluido sin salir en diferentes grupos y bajo diferentes modalidades.

Pero llama la atención el manejo de los datos acerca del empleo. Si bien se acepta que disminuirán aproximadamente 350,000 empleos registrados en el mes de mayo, favoreciendo que

no se supere el millón de empleos perdidos por la pandemia, pues representan menos de 100,000 de lo anticipado al inicio. Esto supone que serán solo 900,000 desempleados al salir de ella (declaración de presidencia en Mérida, Yucatán. 3 de junio de 2020).

Los datos internacionales sobre el tema preocupan, pues, por un lado, se limita el movimiento de personas cerrando fronteras, pero, por el otro, se expulsan de Estados Unidos a 42,982 indocumentados (Reforma, 17 de junio, 2020), posiblemente contagiados o transmisores que afectarán a otros territorios, sin que medie ninguna restricción para hacerlo más que su condición ilegal en el país. Tampoco se toma en consideración que de acuerdo con los datos proporcionados por la ONU, América Latina amenaza con presentar hambruna, 40 millones de personas (La Jornada, 17 de junio 2020) que están lejos de contar con las condiciones de

high tech, más allá de un celular en ocasiones, para proporcionar condiciones laborales para insertarse en las actividades ganadoras del proceso.

La contradicción entre moverse y el no moverse está presente en este momento, pues presenta un dilema difícil de resolver en diferentes territorios para los sectores más desprotegidos, los más afectados en los ámbitos urbanos y rurales en sus diferentes escalas, no solo hablando de salario, sino también en el de la gestión de las contrataciones y de las negociaciones entre patrones y trabajadores, en donde el silencio actual de muchos sindicatos indica que poco están haciendo para contrarrestarlas.

DEL SISMO A LA PANDEMIA

En menos de tres años, se han vivido, en México, dos enormes desastres socio naturales con afinidades y singularidades propias cada uno. Un sismo y una pandemia hicieron que afloraran con más intensidad las capacidades y las debilidades; o como se decía popularmente “salió lo mejor y lo peor” de las sociedades, locales, regionales y de la sociedad nacional.

Estos desastres han afectado profundamente los ámbitos económicos, políticos, sociales y culturales. Las afectaciones que provocó el sismo aun no han sido resueltas en su totalidad, las afectaciones de la pandemia COVID-19 aun están en un proceso

incierto, en cuanto a su duración y magnitud. Conviene señalar algunas de estas capacidades y debilidades que nos puedan ayudar a entender lo vulnerable de estas sociedades y su capacidad y disposición para brindar auxilio a los más afectados.

En el sismo del 19 de septiembre de 2017 en Morelos, la violencia con que se dio provocó la destrucción de miles de casas. 350 construcciones religiosas y un saldo oficial de 26 muertos. Quedando seriamente afectados: ingenios azucareros, molinos de arroz, escuelas, museos, zonas arqueológicas, balnearios, mercados y caminos, con graves consecuencias económicas.

Luis Miguel Morayta

Desde los primeros instantes y angustias, como impulsados por resortes surgió el auxilio y la solidaridad. Miles de jóvenes, adultos e incluso niños lograron organizar la ayuda que venía de muchos estados y de la Ciudad de México. Despensas, materiales de construcción, herramientas, trabajo, y aunque solo fueran con actos de aliento fluyeron de una manera incontenible, las primeras semanas. Uno de los aspectos que más sobresalía era la extraordinaria organización de la gente, sobre todo, la de los jóvenes; mucho tuvo que ver las organizaciones que ya existían previas al sismo. Entre estas destacan las que mantienen dentro de la religiosidad popular de los

pueblos originarios, los sistemas veneracionales y la ritualidad y celebraciones que de ellos se derivan. Mucha participación y organización de ayuda desplegaron familias que vienen de los pueblos originarios, aunque los jóvenes nacieron en Cuernavaca o en otra ciudad morelense. Hubo otras organizaciones que enfocaron su propia estructura hacia la prestación de auxilio, con mucha eficiencia. Esto no borra los abusos, el acopio de despensas, en la distribución de los apoyos a damnificados, o en la pretensión de algunos funcionarios de darle un uso político o desviar los apoyos económicos.

Por otro lado, en la pandemia el auxilio a los más afectados tuvo que tomar rutas diferentes por el peligro al contagio. La economía, en general, se paralizó. Algunos quedaron en situaciones verdaderamente graves. Hubo quien cambiaba mercancía o trabajo por comida. Fue la sociedad civil la que trató de paliar estas situaciones. Grupos de

familiares, personal de escuela y de denominaciones religiosas o simplemente, vecinos y paisanos, gente, se dedicaron a repartir comida a los más necesitados.

Un tema importante para comparar la reacción de los pueblos ante los efectos del sismo y de la pandemia, es el de la vida ritual dentro de la religiosidad de los pueblos originarios y colectividades afines. En los dos casos, los procesos rituales a las imágenes no se dejaron de realizar. La destrucción física de los recintos de culto por causa de los movimientos telúricos fue muy extensa: iglesia, capillas barriales, santuarios, e incluso la catedral, quedaron seriamente dañados. Luego de rescatar las imágenes, se aprovecharon, cocheras, salones de usos múltiples, o se construyeron todo tipo de albergues y escenarios para continuar con los diferentes eventos veneracionales y mantener la relación de reciprocidad con sus entes sagrados.



La pandemia COVID-19 también afectó profundamente la realización de la vida ceremonial de las comunidades aludidas. Al conocerse que se cancelarían todos los actos que reunirán a mucha gente, por el peligro inminente de contagiarse mutuamente. Además del rumor de que habría multas de \$100,000 a quienes realizaran actos tumultuosos. Poco a poco se fueron cancelando celebraciones patronales, ferias de santuarios, peregrinaciones, misas, finalmente se mantuvieron cerrados todos los recintos de culto. Al mismo tiempo, muchos pueblos fueron prohibiendo la libre entrada y salida de la gente en un esfuerzo por evitar los contagios. Sin embargo, esto no impidió la continuidad de los eventos de la religiosidad, aunque ahora bajo otras formas. En varios pueblos se echó mano de camionetas, a veces de patrullas locales, para llevar las imágenes en procesiones a través de los barrios y las colonias, en los días del san-

toral de las imágenes y durante la Semana Santa. Otra acción, tan importante como la anterior, fue la de adornar las calles, los atrios, los altares, como se hace cada año. La música emitida a través de bocinas, con mariachis y los toques de campana, todo esto conformó los símbolos auditivos y visuales para comunicar que no era cualquier día, que era el día de la fiesta de la imagen del "santito". Que él sintiera, aunque a la distancia había celebración, que no se rompiera la relación veneración-auxilio.

En el estado de Morelos en los dos desastres naturales existió algo en común: no hubo una verdadera conciencia previa de los riesgos que se iban generando antes del desastre, los riesgos se naturalizaron. Ejemplos de esto se pueden señalar: No hubo un seguimiento de la manera en que se habían construido las casas. Las autoridades permitieron que los segundos pisos fueran demasiado peso sobre

el primero. A las casas de adobe se les "reforzó" con elementos de cemento que fungieron como arietes contra el adobe. Nunca se aprovechó a los profesores del sistema público, como monitores de la construcción de riesgos. Inundaciones, incendios forestales y urbanos, y el peligro latente del volcán Popocatepetl, y ahora eventos sísmicos año con año están presentes con muy pocas acciones preventivas.

La pandemia reveló una infraestructura y logística para la atención de la salud con muchas carencias, sobre todo, para las comunidades más pobres y alejadas. Esta situación, tarde o temprano habría que tener consecuencias. Recortes de presupuesto y del personal médico, agravaron el panorama. Parfraseando a María Alejandra Olvera "sino aprendemos la lección, la próxima vez tendremos menos suerte".

Referencias

1. Olvera, Carvajal, María Alejandra Elizabeth 2020. Reflexiones sobre desequilibrio ecológico y Covid-Tlacuache no. 399, Colectivo, Estudios sobre el Patrimonio Biocultural de Morelos y regiones colindantes.

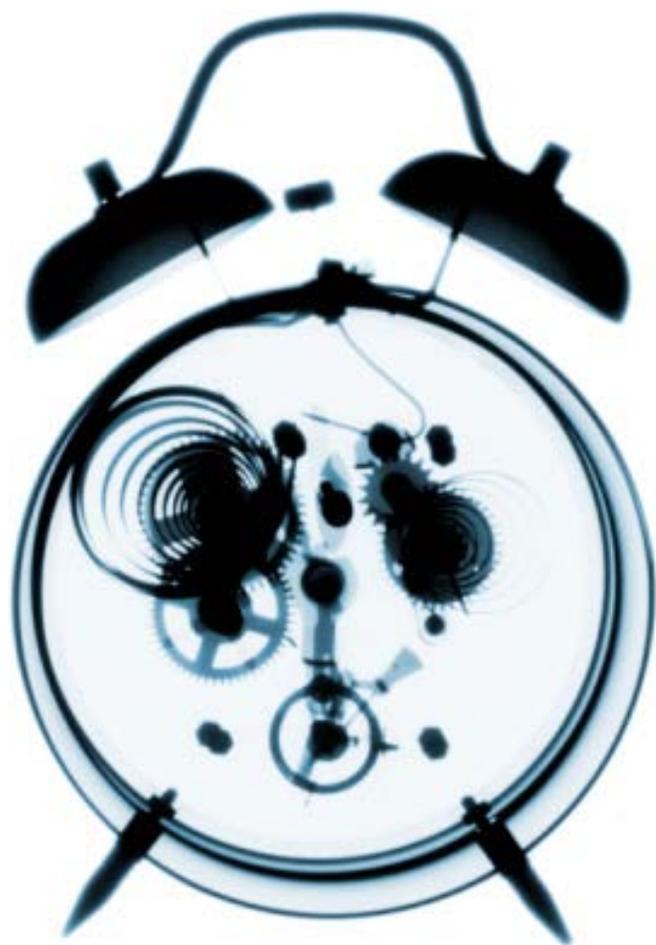
REFLEXIÓN SOBRE LOS TIEMPOS DE LA PANDEMIA

La experiencia del tiempo está estrechamente vinculada con el movimiento, según san Agustín en sus Confesiones, esta experiencia, sobre todo, se lleva a cabo en la repetición del movimiento; es decir, en los ritmos del tiempo como afirma J.M. Esquirol en su texto El respirar de los días. Vivir es moverse, es movimiento en el tiempo. El tiempo se identifica con la vida. Los ritmos de la vida humana aun se rigen, aunque cada vez menos, del día y la noche. De aquí que la experiencia del tiempo concrete en el transcurso del día, un día tras otro. Lo mismo pasa con el ritmo anual de las estaciones, referente humano para saber que transcurre el tiempo. Partir de lo

evidente nos ayuda a pensar en la experiencia de cómo vivimos en el tiempo durante la vida en meses de pandemia, indicaciones que nos habla sobre la salud y desorientación moderna. La desorientación es una falta de equilibrio, una enfermedad desde la antigua Grecia; se trata de un estado donde se ha perdido la salud. La ruptura de los ritmos que ha significado no salir de casa, el confinamiento, rompe el equilibrio, sí se quiere frenético de la vida moderna y la siempre demandante vida campesina, ritmos rotos dramáticamente desde lo más elemental vital y visible, como los tres días que alcanzan sin comer los campesinos o por la falta de comercio de los alfareros

Samadhi Aguilar

o los de la producción campesina de San Marcos Acteopan y San Bartolo Cohuecan en Puebla o en Tlayacapan, Morelos, hasta los cuadros depresivos y de ansiedad que viven los ciudadanos que pueden o no quedarse en casa. Las personas enfermas de depresión, por ejemplo, necesitan sincronizarse al ritmo perdido. ¿Qué se pierde? El ritmo de la vida cotidiana, como el ritmo de las comidas y dormir a cierta hora, ritmos imprescindibles para el buen funcionamiento. Pero también los ritmos de la vida social y del trabajo, ya de por sí transformados por los tiempos de la máquina y que, en su momento, fue denunciado a principios del siglo XX con la crítica a



la Modernidad; un ejemplo claro es la película *Tiempos modernos*, donde se muestra que los ritmos de la industria no son los ritmos humanos y la flexibilidad humana de adaptación tienen fuertes consecuencias en la salud física y mental de una persona. Los ritmos impuestos por la pandemia evidenciaron justamente los tiempos maquinales, del mercado y las finanzas, para la producción en “seco” y con esto el frenesí de la reacción humana a las condiciones puestas por los ritmos del sistema capital, nada armónicos y muy poco serenos para la vida humana. Los ritmos de capital permiten entender al tiempo como dinero, la organización económica que ha desarrollado las

sociedades occidentales muestra su preocupación por producir más en menos tiempo. Ya al comienzo de la industrialización los salarios se determinan por las horas trabajadas más que por la calidad del trabajo. El tiempo en el sistema global es visto como mercancía, no se da ni se agradece, se gasta, se pierde o se gana, se acumula y se vende, como fundamento Heidegger en su texto *La pregunta por la técnica*, la mercantilización del tiempo junto con la mayoría de los elementos de la vida es lo propio de la época de la técnica. El tiempo también puede ser explotado. La denuncia implícita de los nuevos ritmos y tiempos de la pandemia es la hegemonía de esta forma

de entender el tiempo, en el cual somos y estamos; el problema no es que el tiempo sea considerado como mercancía, sino que solo se le considere como tal, siguiendo a J.M. Esquirol. La paralización de la economía mundial, estatal y regional coloca al mundo en su peor crisis económica, y con ello la exposición más cruda de la desigualdad social y económica.

Lo anterior apunta a otras maneras de entender el tiempo en la que la vida humana se va, a demás de entender el tiempo como mercancía, cuyo acento e importancia está en la "gestión" del mismo, el tiempo puede ser entendido como oportunidad o ritmo, o un regalo. Si se piensa de esta manera la gestión del tiempo no será lo importante, sino que ocupará el papel secundario. El tiempo como oportunidad cambia la percepción del confinamiento, la percepción de la vida. Se está en la oportunidad de reinventarse, repensar los ritmos mercantiles, las relaciones sociales, incluso y, sobre todo, la

relación con nosotros mismos en condiciones propicias para esto. Los ritmos de la vida lo que generan es vitalidad, los ritmos ofrecen seguridad, estabilidad; la salud depende de los ritmos y la pérdida del sentido del tiempo desorienta, basta pensar en el estado de excepción que la enfermedad del virus COVID-19 ha puesto a los hábitos anteriores a esta. Estado de constante incertidumbre.

La atención deberá estar puesta en los nuevos hábitos o a los que acudir, no dejar de ver que las nuevas formas son de flujo, en la corriente de la información, en el entendido que internet es la conexión que permite lo global, el hecho de que todo está conectado y que si ya la vida cotidiana estaba condicionada a esta conectividad tecnológica, ahora se muestra como solución para la no conexión física, y que para el mercado o el negocio migrar a comerciar a través de internet será la solución; pero en el ámbito laboral también repre-

sentará varios retos, hoy para los que trabajamos utilizando los medios tecnológicos desde casa, se ha intensificado el trabajo a niveles, a veces de explotación; o cuando se trata de la conexión afectiva afecta y modifica la construcción de lo que somos. Mantener el distanciamiento físico modificará de fondo las formas de la afectividad y también de la acción social y política. Si

“Ya al comienzo de la industrialización los salarios se determinan por las horas trabajadas más que por la calidad del trabajo”

de por sí la constante en las sociedades occidentales es el “no tener tiempo” siempre ocupados, la mayoría nos sentimos desbordados y sin salir de casa.

De ahí lo preocupante de construir la armonía en todas las dimensiones desde los movimientos del alma a los movimientos

sociales. En la vida cotidiana y su profundidad consiste en esas repeticiones, que no son idénticas, pero que buscan volver y construir futuro. También se le llama hábito, hacer algo de manera continuada y que por ello se hace propio de la forma de ser. La repetición, en este sentido, da lugar a lo habitable, es lo que da seguridad y refugio. No buscamos defender lo cotidiano en su totalidad, sabemos que hay cotidianidades realizadas en trabajo inhumano, en enfermedades, en pobreza, etc., lo que formulamos es entender el valor de aspectos de la cotidianidad, que le dan a la vida una orientación que sirve para superar los daños.

¿QUÉ PASA EN EL CAMPO?

REFLEXIONES EN TIEMPO DE COVID-19

Las crisis, como la actual pandemia que se vive en el mundo, develan las profundidades que sostienen la vida social, pueden estar encubiertas por procesos coyunturales o simplemente no se han querido reconocer. Así, la epidemia de COVID-19, en pleno siglo XXI, ha venido a mostrar abiertamente el mundo en que vivimos, los trazos de realidades distintas, distantes y contrastantes.

Más allá de las primeras impresiones al inicio de la pandemia, cuando se mencionaba que en el campo no pasaba nada, que la vida seguía su curso, mientras la agricultura continuaba, poco a poco en el transcurrir

de las semanas se han visibilizado situaciones que muestran las complejidades con las que este sector, junto con su población se insertan en la sociedad toda. Si bien la consigna para evitar la proliferación de la enfermedad en México, es “Quédate en casa”, lo primero que ha resaltado en que no todos lo pueden hacer, ya que resulta un privilegio para quien puede dejar de trabajar y además contar con un salario fijo. En este sentido, las razones para salir de casa han sido muchas.

Por ejemplo, el 23 de marzo de 2020 la Secretaría de Salud da la instrucción de quedarse en casa, especialmente en las ciudades se prepara el retiro de

los espacios de labores hacia las casas; mientras que en el campo, como en cada estación de secas, los incendios forestales a la orden del día en Puebla, Oaxaca, Guerrero, Quintana Roo, Michoacán, y así alcanzando 10 estados del país, en los cuales se han consumido, en lo que va del año, más de 255 mil hectáreas de bosques (CONAFOR, 2020). La población de los pueblos cercanos se organizó para sofocar los siniestros, mujeres y hombres trabajaron varios días, acarreamos agua, haciendo brechas corta-fuego, llevando alimento y bebidas a los brigadistas, al final con ayuda que fue llegando se apagó el fuego, quedando los

Elsa Guzmán

bosques calcinados. Incendio y organización marcó el inicio de la cuarentena en el campo.

La pandemia, a pesar de la aparente inmovilidad y la distancia social en la que actualmente se vive, está hecha de cotidianidad, de vivencias, angustias, miedos, así como de quietud y esperanza. En los pueblos rurales siembran alimentos para autoconsumo, así que en lo general la alimentación básica se resuelve, pero actualmente la producción de maíz ya no se tiene en todas las unidades familiares ni en todas las comunidades, así que el consumo depende del abasto de otras regiones. No tener maíz crea miedo, pues es la base de



la subsistencia, aunque ya no de la producción local. Sin este grano se pierde la seguridad. Por mencionar un caso, en la sierra de Puebla cuentan cómo desde el principio de la pandemia entró el pánico por la posible escasez de maíz, así que las bodegas vendían más de lo acostumbrado (Solano, 2020)

Se dice que la mitad de la población nacional vive de lo que gana diariamente. Pues, los campesinos viven todo el año de lo que ganan en las temporadas de cosecha. En las ciudades se tiene la idea de que como el consumo alimentario continúa, el trabajo en el campo es seguro. Pero no

es así para todos, pues se empiezan a priorizar productos, los precios fluctúan con lógicas diferentes que las conocidas en tiempos normales. Los productores distinguen que el mercado se distorsiona, se pierden compradores, por ejemplo: restaurantes, florerías u otros negocios que cierran; las actividades en

las centrales de abasto disminuyen, se pierden cosechas, si bien se elevan los precios de algunos productos, otros disminuyen. En Los Altos de Morelos, el jitomate se vende bien, sin embargo, el pepino no se paga ni a \$60.00 la caja, con eso no se recupera ni siquiera la inversión, platica

un productor. Por tanto, si los campesinos no venden ahora, no podrán invertir para sembrar en el ciclo que inicia, perderán los ingresos planeados del año.

Por otro lado, la base de la producción agrícola comercial depende del trabajo a jornal realizado por la población migrante que sale de sus lugares de origen, en esta situación de pandemia también se evidencia que las condiciones de vida de los jornaleros agrícolas en los albergues están lejos de mantener sana distancia y medidas de cuidado mínimas para evitar contagios, dada la precaria infraestructura de alojamiento y sanidad; mientras tanto, la movilidad de los trabajadores se mantiene hacia campos y enclaves agrícolas en producción.

Hablando de movilidad, los migrantes que perdieron trabajo en las ciudades, en los servicios o los centros turísticos rurales regresan a sus pueblos. El temor del contagio queda latente.

Las cotidianidades se alteran y la certeza de indefensión ante la poca cobertura de salud es un hecho. Ciertamente, las crisis profundizan las desigualdades.

Por supuesto, a su vez, se dan procesos de contención. Las comunidades se organizan para abastecerse conjuntamente de los productos que ya no llegan, para apagar incendios, para cerrar la entrada a foráneos y evitar contagios, para tomar decisiones sobre los nuevos problemas que surgen, por ejemplo: las defunciones, el cierre de escuelas o actos de violencia, los cuales develan que esta se encuentra arraigada en todos los rincones. Además, con organización han mantenido la defensa de sus territorios ante amenazas de megaproyectos que siguen su curso. Para decidir sobre lo que sigue.

La pandemia ha visibilizado, aun más, las flaquezas y vulnerabilidades que han existido siempre en el campo, algunas como la inseguridad de los mercados de

productos agrícolas, la pérdida de autosuficiencia alimentaria, la desprotección de infraestructura de salud, la heterogeneidad en las condiciones de trabajo, producción y seguridad. Además, se ha mostrado que aun la comunidad y su capacidad organizativa representan el potencial para enfrentar los problemas, es más, para resistir, y que como sociedad debemos reconocer y valorar. Y a partir de estos escenarios contrastantes se debe entender la nueva normalidad en el campo, incluyendo la comprensión de las complejidades de que están hechas las desigualdades, pero, sobre todo, el qué hacer.

Es necesario reconocer desde la academia, las instituciones públicas y la sociedad civil qué vulnerabilidades sostiene a nuestro país, llevar esto a convertir potencialidades en sinergias y cambios para la construcción y aplicación de políticas públicas que realmente incidan en la solución de estas.

Seguramente habrá otras crisis, sobre las que cabría preguntarnos: ¿Qué nos van a develar? ¿De qué queremos que esté hecho nuestro país?

Referencias

1. Comisión Nacional Forestal (CONAFOR) (2020). Reporte Semanal Nacional de Incendios Forestales. Información preliminar el 01 de enero al 18 de junio de 2020. México. Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales. https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/558735/Reporte_del_01_de_enero_al_18_de_junio_de_2020.pdf
2. Solano, Citlal (2020). "Los campesinos frente al COVID-19: encarar la incertidumbre". En NEOTRABA. <http://neotraba.com/category/cronica/>



EXPRESIONES DE LA SEGREGACIÓN EN LAS CIUDADES INTERMEDIAS POR EL COVID-19

Cinthia Ruiz

En países latinoamericanos, como México, donde las desigualdades se reproducen en las ciudades, es de suma importancia la coordinación de los gobiernos municipales con otros órdenes de gobierno para así conocer las condiciones en que su población está enfrentando el COVID-19. En este sentido, es esencial entender cómo se da

la segregación urbana: distribución de la población por sus características socioeconómicas y funciones en la ciudad. Se plantea que los gobiernos municipales deben ir más allá de la escala municipal y reconocer las múltiples interrelaciones socioeconómicas con los contextos regionales, específicamente en las zonas metropolitanas.

En diciembre de 2019, cuando se suscitó el brote de una nueva enfermedad por coronavirus (COVID-19), cambió la forma en que se vivía en todo el mundo. Inicialmente la enfermedad ocurrió en las grandes ciudades globales, explicado esto por las conexiones económicas y sociales entre esas urbes. En ese momento se entendía que la expansión del COVID-19 estaba determinada por el tamaño y la densidad de la población, idea que fue cambiando a medida que la enfermedad se expandía a ciudades de mediano y pequeño tamaño.

Con el fin de evitar la propagación de la enfermedad, los gobiernos locales y nacionales establecieron medidas como el cierre de fronteras, aislamiento, distanciamiento social y extrema higiene personal, junto a paquetes de ayuda que intentaban mitigar los efectos socioeconómicos en la vida de la población. Estos fueron aplicados en diferentes formas en el espacio urbano, determinado por la disímil distri-

bución de población y las funciones; es decir, por la segregación socio-espacial urbana. Entonces, ¿qué es lo nuevo de la segregación producto del COVID-19?, ¿qué debe ser considerado por los gobiernos municipales de ciudades intermedias?

En México, el primer caso de COVID-19 se presentó el 29 de febrero de 2020. Casi un mes después, el 23 de marzo y hasta el 30 de mayo, se puso en marcha en el país la "Jornada de la Sana Distancia" (JNSD). Esta incluía lavado frecuente de manos (10 o 20 veces al día) o uso de gel antibacterial; etiqueta respiratoria; saludo a distancia; recuperación efectiva, y suspensión de actividades no esenciales. Esto implicó que gran parte de la población se aislara en sus hogares, algunos quedándose sin empleo y con la necesidad de mantener las medidas de higiene.

Después de ese momento, la propagación de la enfermedad se incrementó en las ciudades de

mediano tamaño, la mayoría de ellas capitales y zona metropolitanas. En México, una ciudad intermedia va de 500 mil a 1 millón de habitantes y aglomeran al 18.5% de la población nacional (SEDATU y CONAPO, 2018). Todas son zonas metropolitanas; es decir, están formadas por un municipio central y otros exteriores (integrados funcionalmente o por política urbana). Esas urbes son estrategias a nivel nacional, por la cantidad de población que aglutinan y el papel de intermediación que cumplen con los territorios más pequeños y rurales. Se considera que son espacios con menos pobreza y vulnerabilidad que las otras aglomeraciones urbanas (menos de 100 mil habitantes) y rurales.

Sin embargo, en 2012, el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social determinó que en las zonas urbanas del país vivía 68.6% de la población pobre (CONEVAL, 2012), la mitad de ellos residen en ciudad de 100 mil habitan-

tes o más; es decir, ciudades de mediano tamaño. Se estima que una quinta parte de esa población tenía carencias en servicios de salud y alimentación; el diez por ciento tenían carencias asociadas a la vivienda.

En ese escenario de profunda diferencia en el acceso a servicios de salud y en la vivienda, la llegada del COVID-19 a las ciudades intermedias hizo más evidentes las carencias entre los municipios centrales y exteriores de las zonas metropolitanas.

Aunado a ello, las débiles conexiones nacionales y regionales que caracteriza a las urbes intermedias latinoamericanas, incrementaron la segregación en esas ciudades con efectos sociales y en la propagación de la enfermedad. El COVID-19 en las ciudades intermedias mostró la relevancia de la falta de acceso a servicios de salud, dificultando que la población pueda seguir las medidas de la sana distancia e higiene. Además expuso la im-

portancia de asegurar el empleo y la alimentación en esos territorios, que con la pandemia se volvieron más vulnerables.

La falta de buenas conexiones entre los municipios que forman las zonas metropolitanas dificultó la toma de acuerdos, generando que las medidas para evitar la propagación y la disminución de los efectos socioeconómicos en la población fueran parciales en algunas zonas o municipios de ellas, invisibilizando las relaciones sociales y económicas que forman dichas aglomeraciones.

Un caso significativo ha sido Temixco que forma parte de la zona metropolitana de Cuernavaca, es el cuarto municipio más poblado del estado de Morelos y tiene una dependencia importante por el empleo generado en Cuernavaca (ONU-Hábitat, INFONAVIT, SEDATU, 2016).

Actualmente, Temixco es el quinto municipio con mayor número de casos confirmados de

COVID-19 en el estado (Secretaría de Salud del Gobierno del Estado de Morelos, 2020). Las autoridades municipales no han establecido programas que limiten la propagación y generen una comunicación social para atender esta contingencia (Miranda, 2020). Junto a ello, las medidas de distanciamiento social mostraron la fragilidad en el empleo de la población de Temixco por el cierre de actividades en Cuernavaca. Así como, las carencias de agua en los hogares del municipio. Esta situación ha incrementado el riesgo de contagio de la población del COVID-19.

Estas reflexiones son útiles para evidenciar la importancia de que los gobiernos municipales conozcan la distribución de la población. Es decir, la segregación socioespacial e identifiquen las zonas con mayores carencias en servicios de salud y en la vivienda. Además, establezcan buenas conexiones con los

gobiernos estatales y federales para coordinar acciones de prevención y mitigación de los efectos provocados por el COVID-19.

Referencias

1. CONEVAL (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social). (2012). Pobreza urbana y de las zonas metropolitanas en México. Recuperado de https://www.coneval.org.mx/Informes/Pobreza/Pobreza%20urbana/Pobreza_urbana_y_de_las_zonas_metropolitanas_en_Mexico.pdf.
2. ONU-HABITAT, INFONAVIT (Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores), SEDATU (Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano). (2016). Índice básico de las ciudades prosperas. Recuperado de http://nuaimplementation.org/sites/default/files/resources/MOR_Temixco.pdf.
3. Miranda, J. (2020). Sanitizan calles de Temixco, segundo lugar en víctimas de Covid-19 en Morelos. El Universal. Recuperado de <https://www.eluniversal.com.mx/estados/sanitizan-calles-de-temixco-segundo-lugar-en-victimas-de-covid-19-en-morelos>.
4. Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano (SEDATU) y Consejo Nacional de Población (CONAPO) (2018) Sistema Urbano Nacional 2018. Recuperado de https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/400771/SUN_2018.pdf.
5. Secretaría de Salud del Gobierno del Estado de Morelos. (2020). Situación actual del coronavirus COVID-19 en Morelos. Recuperado de <http://salud.morelos.gob.mx/noticias/situacion-actual-del-coronavirus-covid-19-en-morelos-5>.

COLABORADORES

Alfonso Valenzuela

Doctor en Urbanismo, Facultad de Arquitectura de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Brígida von Mentz

Doctora en Historia, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Vicente Arredondo

Doctor en Educación y Desarrollo, Consultor independiente.

Martha C Hajar

Doctora en Ciencias en Salud Pública, Colegio de Morelos.

Francisco Rodríguez

Doctor en Geografía, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM.

Teresa Yurén

Doctora en Filosofía, Centro de Investigación Interdisciplinar para el Desarrollo Universitario de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Mauricio Sánchez

Doctor en Antropología, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

Angélica Tornero

Doctora en Filosofía y en Literatura Iberoamericana, Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Alex Castellanos

Doctor en Antropología, Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Estudios Regionales de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Blanca Ramírez

Doctora en Geografía, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco.

Luis Miguel Morayta

Doctor en Antropología, Centro INAH Morelos.

Samadhi Aguilar

Doctora en Filosofía, Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Elsa Guzmán

Doctora en Antropología, Facultad de Ciencias Agropecuarias de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Cinthia Ruiz

Doctora en Estudios Regionales, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, UNAM.

www.acshem.org



ACSHem
ACADEMIA DE CIENCIAS
SOCIALES Y HUMANIDADES
DEL ESTADO DE MORELOS